

Vino Nuevo

MARZO/ABRIL 1984

Resucitados con El

editorial

Director: Hugo M. Zelaya

“Y uno llamado Barrabás había sido encarcelado con los revolucionarios que habían cometido homicidio en la insurrección” (Mar. 15:7).

Barrabás es un símbolo de la humanidad. Igual que él, los hombres han sido juzgados, encontrados culpables y sentenciados a muerte. Se han rebelado contra la autoridad de Dios y han desobedecido sus mandamientos. Allí nos encontraremos todos con Barrabás, sintiendo el peso de la culpa, sentenciados a morir.

No hay esperanza de vida. La cruz ha sido preparada para el culpable. La vida pasa ligera por su mente, buscando alguna prueba de bondad lo suficientemente digna para que el Juez revoque la sentencia, pero no hay nada. El terror de la muerte se apodera de él y lo hace temblar.

Otro hombre es traído a la corte. Se ha buscado algo de qué acusarlo, pero no se ha encontrado nada que merezca un reproche siquiera. Su vida como hombre ha sido intachable. No es un revolucionario que quitó el pan a unos para darlo a otros, pero dio de comer a las multitudes. Predicó la paz y el amor entre hermanos con hechos y palabras de bondad, no con un fusil en las manos. Su campaña no dejó a nadie ciego, sordo, mudo, impedido o muerto. Al contrario, los que se encontraban en esas condiciones recibieron de él lo que les hacía falta. ¿De qué se le juzga, entonces?

Nadie debe condenar a un hombre por hacer el bien. Pero allí está Jesús, el justo, lleno de amor y compasión por la humanidad. Puede salir libre, pero no contesta nada. Uno de los dos quedará libre: Jesús o Barrabás. Barrabás nunca podría tomar el lugar de Jesús, pero él había venido para tomar el de Barrabás y todo lo que simboliza.

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is. 53:5).

Lo que sigue es el ejemplo más claro y más cruel del comportamiento humano en su naturaleza caída. Jesús, el justo, es el blanco de las burlas, los esputos y la maldad de sus ejecutores. Como si él fuera el culpable, le dan la pesada cruz que Barrabás debió llevar. Es aquí, en este preciso momento, que nosotros debemos decidir lo que vamos a hacer. Si le damos la espalda a Jesús, volveremos a nuestra vida de rebelión y pecado. La sentencia de muerte continuará sobre nuestras cabezas hasta que el Juez de toda la tierra nos alcance al final, cuando ya no haya más oportunidad de absolución, y tengamos que sufrir las consecuencias de nuestra maldad.

La alternativa es mirar a Cristo ahora y reconocer que somos nosotros los que merecemos morir, arrepentimos y caminar con él. Dejar que él lleve nuestra vieja naturaleza para que muera con él. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí” (Gál. 2:20).

Jesús es llevado a un lugar llamado Gólgota. Allí lo desnudan y lo clavan en la cruz. Suspendido entre dos ladrones exhala su último suspiro y perdona: “Padre, perdónalos...”

El viejo hombre está crucificado con Jesús, su justicia nos es entregada. Estamos limpios delante del Padre. Ya no hay condenación. La sangre sin precio que Cristo derrama en la cruz, fluye ahora en un corazón nuevo y una naturaleza nueva. Ya no somos como Barrabás; somos como Jesús.

Jesús es bajado de la cruz, sepultado y al tercer día resucita, y nosotros junto con él a una vida de poder.

Director:

Hugo M. Zelaya

Editor:

Noé Martínez Quesada

Administrador:

Guyon H. Massey

Suscripciones:

Andrés Villavicencio Matus

Circulación:

Emilio García Sarmiento

VINO NUEVO es publicada bimestralmente por el Centro Para Desarrollo Cristiano, Apartado 5551, San José, Costa Rica

© Copyright 1983,
Derechos Reservados
Prohibida la reproducción
total o parcial
sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO representan la opinión de sus escritores y no necesariamente de los editores o directores. El material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja. Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión “La Biblia de las Américas”, The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody. De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960 de la Versión Reina Valera.

Impreso en Costa Rica
Por Litografía Costa Rica, S. A.

ARTICULOS

164 Su resurrección es nuestro triunfo
John Duke

167 Firmes contra el enemigo
Derek Prince

172 Las llaves de la vida y la muerte
Ern Baxter

176 Un intercambio divino
Roberto Grant

178 ¿Turba o nación santa?
Charles Simpson

182 El Misterio del sufrimiento
Francis Martin

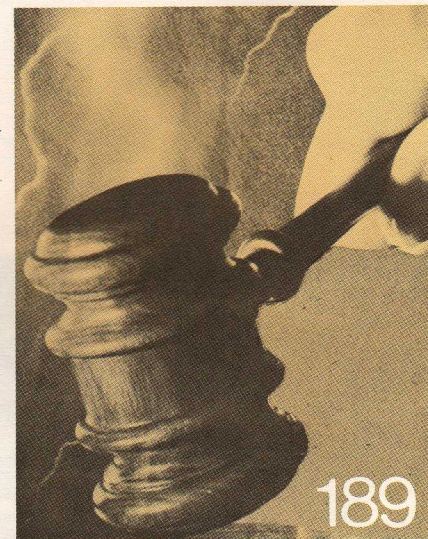
184 Un traidor perdonado
Corrie ten Boom

186 Un sonido cierto
Don Basham

189 ¿Eres culpable?
Bill White



164



189

SECCIONES

174 Una historia de pescadores
Paul Petrie

177 Sugerencias para padres

185 Un llamado a la oración



Resucitados con El

Su resurrección es nuestro triunfo

Por John Duke

John Duke recibió su licenciatura en Historia de la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi, EE. UU. y es egresado del Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans. Es miembro de la Junta Editorial de New Wine y Pastor de una congregación en Mobile, Alabama, donde vive con su esposa Ellen y sus tres hijos.

“¡Cristo ha resucitado!” Así se saludaban los cristianos de la iglesia primitiva. La respuesta triunfante de este glorioso saludo era: “¡En verdad ha resucitado!”

El evangelio de la iglesia cristiana era más que el mensaje de la muerte de Cristo. Su evangelio incluía también la resurrección. Pablo escribe:

Porque yo os entregué ante todo lo mismo que recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, y que fue sepultado, y resucitado al tercer día, conforme a las Escrituras (1 Co. 15:3-4).

Claramente, este es el evangelio que se presenta en el Nuevo Testamento. El clímax del evangelio no es que Cristo murió, sino que está vivo y vive para siempre.

Seguro, él tenía que morir para perdonar nuestros pecados y justificarnos delante de Dios. Pero Jesús nunca habló de su muerte aparte de su resurrección. Dijo a sus discípulos que “debía ir a Jerusalén y sufrir muchas cosas... ser muerto, y ser levantado de los muertos el tercer día” (Mat. 16:21). La necesidad de su muerte es bien clara: “Debía sufrir y morir.” También lo es la necesidad de su resurrección: “Debía ser levantado al tercer día.”

Sin su muerte no podía haber resurrección y sin su resurrección no podía haber victoria. La muerte tendría aún su aguijón y el pecado su po-

der sobre nosotros. Pero en vez de eso, tenemos a un salvador resucitado, a un contemporáneo nuestro que está vivo.

La resurrección de Jesucristo es un hecho histórico autenticado por muchos testigos. Era la manifestación gloriosa del poder de Dios el Padre y una vindicación personal de la integridad de Jesús, su Hijo. La resurrección era una explicación clara para el mundo que Jesús era lo que había reclamado ser: “el unigénito del Padre.” Era la prueba que todo lo que había dicho del Padre y de sí mismo era cierto.

**La resurrección
no sólo fue
un triunfo personal
para Jesús;
es un triunfo
para nosotros también.**

Pero la resurrección no sólo fue un triunfo personal para Jesús; es un triunfo para nosotros también. Es un suceso pasado que establece una realidad presente y una esperanza futura. La resurrección de Cristo nos afecta de tres maneras: primero, en relación a nuestros pecados del pasado; segundo, en relación a nuestra presente vida cotidiana; y tercero, en relación a nuestra esperanza futura.

Una cruz triunfante

Primero, la resurrección de Jesucristo significa una cruz triunfante. En la cruz nuestro pecado

fue confrontado y cancelado; allí nuestro enemigo fue derrotado cuando la muerte con todos sus poderes fue vencida. Si sólo vemos a Cristo muriendo, entonces el suceso no tiene mucha importancia para nosotros. Pero si lo vemos como al Señor resucitado y reinando, entonces "la muerte ha sido devorada en victoria" y nosotros, por medio de la fe en él, compartimos en su muerte y en su vida. Juntamente con el apóstol Pablo podemos proclamar: "Gracias a Dios, quien nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:57).

Segundo, la resurrección de Jesucristo significa que tenemos a un salvador vivo que se involucra con nosotros. El ha llegado "a ser un misericordioso y fiel sumo sacerdote" (Heb. 2:17). Alguien con simpatía por nuestras debilidades que ofrece gracia y misericordia para ayudarnos en tiempos de necesidad.

La resurrección de Jesús fue una demostración del poder de Dios y mucho más: declaraba que el mismo poder estaba disponible para quienes creyeran en él. Pablo dice que este poder es extraordinariamente grande para con nosotros los que creemos (Ef. 1:19-21). El ve la eficacia del poder de Dios en nosotros de la misma manera que operó en Cristo.

¿De qué manera se manifestó este poder en Cristo? Lo levantó de los muertos y lo exaltó hasta la diestra de su padre en los lugares celestiales. Allí el Padre le confirió toda autoridad, poder y dominio.

¿De qué manera nos afecta este poder a nosotros que creemos? Nos ha levantado juntamente con Cristo y sentado con él en lugares celestiales (Ef. 2:6). Allí el Padre nos ha concedido todo lo que concierne a la vida y a la piedad (2 Ped. 1:3). No es extraña entonces la exclamación del corazón de Pablo: "Estimo como pérdida todas las cosas... a fin de conocerle, y el poder de su resurrección" (Fil. 3:8,10).

Una esperanza futura

El tercer aspecto en que la resurrección afecta nuestra vida determina nuestro futuro. No sólo es la resurrección nuestro triunfo más grande porque nuestros pecados han sido perdonados; no sólo tenemos confianza en Dios para nuestra vida cotidiana porque nuestro Señor está a la diestra del Padre; más allá de estas bendiciones está el conocimiento de que el Cristo resucitado y reinante es también nuestra esperanza futura.

El tema de los escritos de Pablo es la *fe*; el de Juan es el *amor* y el del apóstol Pedro es la *esperanza*.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su grande misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1 Ped. 1:3).

Pedro dice que el fundamento de nuestra esperanza es la misericordia de Dios y el distintivo de esa esperanza es que él está "vivo." Nuestra esperanza tiene vida y lleva un poder que no muere; esa es la seguridad de su cumplimiento.

Nuestra esperanza tiene vida y lleva un poder que no muere; esa es la seguridad de su cumplimiento.

Pablo dice que esta esperanza no nos desilusionará (Rom. 5:5) y que, juntamente con la fe y el amor, permanecerá con nosotros (1 Co. 13:13). Su explicación del misterio que ha estado oculto desde las edades y generaciones es simplemente: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27).

Estos tres aspectos de la resurrección, pasado, presente y futuro, nos dan un ánimo tremendo pues hemos sido resucitados con Cristo. Pablo resume el pasado, el presente y el futuro para el creyente en las siguientes palabras:

Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, sea manifestado, entonces vosotros también seréis manifestados con El en gloria (Col. 3:3-4).

Ruego que el Cristo de la historia, quien llegó a ser el Señor de la gloria y quien prometió llevarnos a la gloria, despierte en cada uno de nosotros el conocimiento real de lo que significa "Cristo en nosotros, la esperanza de gloria".



FIRMES CONTRA EL ENEMIGO

Por Derek Prince

Hace algunos años, alguien me regaló una copia del rito oficial de su iglesia para el exorcismo. Desde el primer momento que comencé a leerlo, me di cuenta que había sido escrito por personas que tenían mucho más que opiniones teológicas: habían tenido la experiencia. En la introducción de ese documento oficial, había una declaración muy significativa, aunque muy sencilla. “El mal no es *algo*; es *alguien*.” Si logramos entender esa verdad, habremos dado un buen paso en nuestra preparación para enfrentar al enemigo espiritual.

Las Escrituras advierten que todos los cristianos se verán involucrados en un conflicto personal y directo con el diablo. No será algo abstracto o psicológico, sino más bien una confrontación de persona a persona. Nos enfrentaremos al diablo en el conflicto. Pablo advierte de un aspecto particular del carácter de Satanás: él es astuto y solapado. En vista de esta advertencia, Pablo exhorta a prepararse y a equiparse para la confrontación inevitable.

Me gustaría hacer la siguiente paráfrasis del versículo 12 de Efesios 6:

Nuestra lucha no es con personas con cuerpos, sino contra soberanos y las extensiones de su autoridad, contra los dominadores de este mundo y

de las tinieblas, contra fuerzas espirituales de maldad en lugares celestiales.

Estamos en conflicto con un reino espiritual invisible, bien organizado y centralmente gobernado: el reino de Satanás. Contrario a la opinión de muchas personas, Satanás no está confinado en el infierno o en el Hades, ni tampoco reside en la superficie de la tierra. Su lugar de residencia y su cuartel están en las regiones celestiales. Allí gobierna a una banda de ángeles rebeldes que han asumido el papel de principados para influenciar con el mal a la tierra. En los rangos inferiores de su reino sobre la tierra, Satanás controla innumerables millares de demonios o espíritus malignos. Bajo Satanás hay también subgobernadores con áreas delegadas de autoridad sobre la tierra: imperios, estados, comunidades y ciudades que promueven la desintegración del orden en la raza humana.

Leemos en 2 Corintios 10:3-5 que Dios nos ha dado las armas apropiadas para la lucha. No son carnales, sino espirituales, “divinamente poderosas para la destrucción de fortalezas.” El versículo cinco de este capítulo revela que el campo de batalla es la mente humana. Las palabras claves en ese versículo son “especulaciones”, “razonamien-

tos”, “conocimiento”, “pensamiento”, y todas tienen que ver con la mente.

Nuestra responsabilidad es liberar las mentes de los hombres del dominio de Satanás y llevarlas cautivas a la obediencia de Cristo.

En otras palabras, estamos en una tremenda batalla contra fuerzas invisibles que buscan dominar a la raza humana. Nuestra responsabilidad es liberar las mentes de los hombres del dominio de Satanás y llevarlas cautivas a la obediencia de Cristo. Yo creo que los cristianos son un pueblo con gran significado porque sólo nosotros tenemos las armas que se necesitan para hacer la tarea. Esta verdad nos da mayor significado y más influencia que la de los gobernantes políticos, los comandantes militares, los científicos u otros como ellos que pudieran ser muy efectivos en su área particular, pero que no tienen las herramientas o el equipo espiritual para llevar a cabo la obra. Sólo nosotros tenemos el equipo.

Nuestra armadura protectora

En este artículo vamos a examinar nuestra armadura protectora y después las armas agresivas del cristiano. Yo he tenido la experiencia de constatar la certeza del apóstol Pablo en su advertencia de protegernos primero. Demasiados cristianos se comprometen a orar seriamente para atacar a Satanás y se convierten en bajas mentales, espirituales y físicas porque no se protegieron primero con su armadura. Antes de comenzar un conflicto espiritual de cierta magnitud o programa ambicioso para asaltar los presidios del infierno, debemos asegurarnos primero que tenemos puesta nuestra armadura.

Pablo usa la figura de un legionario romano de su día, con su equipo normal, para explicarnos cómo es nuestra armadura. Los versículos 13 al 17 de Efesios 6 mencionan seis piezas en la armadura que examinaremos en cuanto a su naturaleza y función.

Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiéndolo hecho todo, estar firmes.

Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, y revestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz; y en todo, tomando el escudo de la fe con el que podréis apagar todos los encendidos dardos del maligno.

Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.

El cinturón. El versículo 14 nos da la primera pieza del equipo: *el cinturón de la verdad*. En los días de Pablo, los hombres no usaban pantalones, sino una túnica suelta y a veces larga. Cuando un hombre pensaba hacer cualquier cosa que requiriera movimientos libres, tenía primero que ocuparse de su ropa. A eso llama la Biblia “ceñirse los lomos”: levantarse la ropa y asegurarla alrededor de sus lomos con un cinturón para que sus piernas, de la rodilla para abajo, tuvieran libre movimiento. Lógicamente, el primer paso era ponerse el cinturón.

El cinturón en su aplicación espiritual es *la verdad*. Con seguridad se refiere a la verdad de la palabra de Dios, pero tiene una aplicación más básica. La verdad significa ser honesto y real, haciendo a un lado toda profesión de fantasía e insinceridades con las que la mayoría de la gente religiosa se ve atascada (uso la categoría de “gente religiosa” deliberadamente). Jesús nos precavió a menudo de la levadura de los fariseos que es la hipocresía. La palabra hipócrita tiene un significado muy específico. Básicamente es la palabra que en griego significa actor. En la Grecia antigua, cuando un actor salía en escena, usaba una máscara estilizada para indicar la clase de persona que estaba representando. El actor nunca presentaba su verdadera personalidad, siempre llevaba una máscara y hablaba según el personaje que estaba representando. Para mí es exactamente como el mundo religioso. En el mundo, las personas escogen su máscara que determina básicamente cómo van a actuar. Cuando se ponen la máscara, dejan de ser ellos mismos. Actúan como les dicte la máscara. Casi nunca hay algo de la verdadera persona.

¿Ha notado que algunas personas usan un tono de voz especial cuando oran o cuando hablan del Señor? ¿O cómo cambian su semblante cuando entran en una iglesia? Se ponen la máscara y la llevan fielmente hasta que salen de la iglesia. En muy raras ocasiones los religiosos actúan como

ellos mismos. Lo que Pablo quiere decir con ponerse el "cinturón de la verdad" es que seamos reales y llamemos las cosas por su nombre. Llamar al pan pan y al vino vino, no jugo de uvas. Llamar a la mentira mentira; a la lujuria lujuria y al odio odio. Si primero no nos ceñimos de la verdad, cada vez que intentemos movernos nos caeremos. Así que la primera pieza de la armadura es el cinturón de la verdad. *Ser reales.*

La coraza. La segunda pieza de la armadura, también en el versículo 14 es *la coraza de justicia*. ¿Qué órgano en particular se encuentra en el pecho? *El corazón.* La coraza protege el corazón. Sobre todas las cosas necesitamos proteger el corazón. En Proverbios 4:23 leemos: "Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida."

Cuando era misionero y enseñaba en Kenia, Africa, noté este versículo en la pared del dormitorio de uno de los estudiantes. Estaba escrito en su dialecto africano y al verlo en otro idioma me

Guarda tu corazón con todas tus fuerzas, porque todas las cosas que hay en la vida proceden de él.

llamó la atención. Traducido literalmente de su dialecto, el versículo leía así: "Guarda tu corazón con todas tus fuerzas, porque todas las cosas que hay en la vida proceden de él." Tan viva era esa traducción que nunca se me ha olvidado. Lo que hay en nuestro corazón determinará el curso de nuestra vida. Si nuestros corazones están llenos de amargura, incredulidad y temor, nos iremos en la dirección equivocada. Pero si están llenos de fe, paz y amor, nuestras vidas tomarán el buen curso. Debemos guardar nuestro corazón con todas nuestras fuerzas. Por eso Pablo nos urge a ponernos la coraza de justicia.

Recordemos que la justicia es una condición del corazón y no de la cabeza. 1 Tesalonicenses 5:8 es un pasaje paralelo que dice:

Por supuesto que nosotros somos del día, seamos sobrios, habiéndonos puesto la coraza de la fe y del amor..."

En Efesios 6 la coraza es justicia, pero en este versículo es la fe y el amor. Esa no es una inconsistencia de las Escrituras; más bien es una explicación de lo que en el Nuevo Testamento significa. La justicia básica del Nuevo Testamento es la fe operando por el amor y es una condición del corazón.

Otra escritura, Romanos 10:10, nos profundiza aún más: "Porque con el corazón el hombre cree para justicia, y con la boca confiesa para salvación." Creer con el corazón es diferente a creer con la cabeza. Si alguien cree con la cabeza solamente, queda sin cambiar su conducta. Pero si creemos con el corazón, cambiará nuestra manera de vivir. La coraza de justicia es pues, fe en el corazón operando por amor.

Tratemos de hacer todo motivados por el amor. De otra manera terminaremos mal. Cuando reaccionamos y nos enojamos con los demás, aún cuando tengamos la razón, el resultado que produce nunca estará bien. Tenemos que guardar nuestro corazón para asegurarnos que nuestro motivo básico es siempre la fe operando por el amor.

El calzado. El tercer artículo de la armadura está identificado en el versículo 15: "Y calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz," con *zapatos* o *botas*. Los legionarios romanos usaban botas que se amarraban alrededor de los tobillos con tiras de cuero y eran famosas por las largas distancias que les permitían marchar.

Esta figura es real para mí, pues serví dos años como soldado en la Segunda Guerra Mundial con el ejército británico en el norte de Africa. Cuando estábamos cerca del enemigo, por las noches, nos ordenaban dormir con las botas puestas, por si hubiera una alarma en medio sueño y tuviéramos que buscar las botas para ponérmolas, perdiendo tiempo valioso. Siempre me acuerdo de ese reglamento cuando pienso en este pasaje. Para estar listo y tener movilidad se necesita tener los pies protegidos. En su amonestación de "calzar los pies con la preparación del evangelio de la paz", Pablo está indicando que tiene que hacerse de antemano. ¿Qué quiere decir con eso exactamente? Creo que tiene que ver con dos cosas. Primero, para comunicar el evangelio se requiere una preparación de antemano. Tenemos que conocer bien las verdades del evangelio que están en las Escrituras. Mu-

chas personas han “nacido de nuevo”, son miembros de iglesias, pero son totalmente incapaces de comunicar el evangelio de la salvación a otras personas aunque no es algo difícil. La preparación significa que los cristianos tienen que equiparse anticipadamente para presentar su fe a otros y explicar las verdades fundamentales del evangelio.

Otro requisito indicado por la frase “evangelio de la paz” es que si vamos a hablar de tener paz con Dios, nosotros mismos debemos tener paz. En otras palabras, podemos ser transmisores de paz. Creo que aunque los inconversos no entiendan nuestra teología, pueden entender nuestro espíritu cuando les hablamos. Cada día me confirma que impartimos lo que *somos* y no lo que decimos. Sería muy conveniente si sólo tuviéramos que decirlo y no vivirlo, pero no funciona así. “Calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz” impone una preparación intelectual para explicar lo que significa el evangelio y una preparación espiritual para estar en paz en nosotros mismos.

El escudo. Está en el versículo 16.

Y sobre todo, tomando el escudo de la fe con el que podréis apagar todos los encendidos dardos del maligno.

Había dos clases de escudos en las legiones romanas: uno pequeño y redondo y uno largo y ovalado. Al que se refiere aquí es al largo y ovalado que estaba diseñado para proteger todo el cuerpo de flechas y misiles. Así que, la clase de fe de la que habla Pablo es la que nos protege totalmente. Cuando comenzamos a tomar la ofensiva para desafiar a Satanás, él va a pelear también, atacando no sólo a nuestras personas, sino también a nuestro hogar, a nuestra familia, a nuestro negocio y en todas las áreas de nuestra vida que pueda alcanzar. Por lo tanto, necesitamos un escudo de fe lo suficientemente grande como para cubrirnos y a nuestras familias, negocios y todo lo que necesite protección. Ya que la fe viene por el oír y el oír por la palabra de Dios, debemos pasar mucho tiempo en la Palabra para recibir el escudo que nos proteja completamente.

Cualquier ministro de Dios puede testificar que cuanto más usado es por él, más presión ejerce Satanás contra la familia. Muchos ministros se han descalificado del llamado por las presiones que Satanás ha traído contra el hogar. Por eso Pablo nos urge a tomar el escudo de la fe, la protección total que Dios ofrece por medio de su palabra. Nosotros



Derek Prince es graduado en Griego y Latín de las universidades británicas de Eton y King's College, Cambridge. Ha servido como ministro, educador y misionero en Europa, Asia, Africa, Australia y Norteamérica. Derek y su esposa Ruth pasan gran parte del año viviendo y ministrando en Israel.

debemos *tomar* ese escudo; no va a caer en nuestras manos. Tenemos que tomar la fe, empujarla firmemente y sostenerla con fuerza.

El casco. La siguiente pieza de la armadura es el yelmo o casco de la salvación. El yelmo protege la cabeza. La cabeza representa la mente o los pensamientos. Dios ha provisto una protección específica para nuestras mentes y pensamientos. En mis muchos años de ministerio he visto a un gran número de dedicados siervos del Señor caer incapacitados por alguna herida en la cabeza. No sabían cómo proteger sus mentes. Satanás sitiará nuestras mentes con cosas como la desconfianza que es una de sus armas más comunes. Comenzamos desconfiando de la esposa, del marido, de los hermanos, del pastor.

Otras armas que Satanás usa contra la mente es la sospecha, el temor, la duda y la depresión. Yo estimaría que uno de cada cinco obreros cristianos tiene problemas de depresión. Hablo con experiencia porque aún después de haber sido salvo, bautizado en el Espíritu y llamado al ministerio del

pastorado, tenía un problema persistente con la depresión. A pesar de todos los éxitos que vi en la obra, tuve que luchar contra una gran depresión. La sentía como una nube gris que me envolvía y me aislaba de mi familia y de los demás. Probé todas las recomendaciones bíblicas para dominarla, “considerando muerto al viejo hombre” hasta que ya no me quedaba nada que considerar.

Entonces, un día leí Isaías 61:3 y noté la frase que dice: “manto de alegría en lugar del espíritu angustiado.” Cuando leí “espíritu angustiado” fue como si el Señor me dijera, “ese es tu problema. No eres *tú* ni tu mente; es un espíritu que ha estado tras tuyo desde tu niñez.” Cuando vi la verdadera identidad de mi enemigo y me di cuenta que el mal no era *algo* sino *alguien*, ya me había adelantado el 80% del camino a la victoria. Para completar el cuadro sólo necesitaba Joel 2:32: “Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.” Con toda sencillez, casi con candidez, proclamé estos dos versículos diciendo: “Señor, me has enseñado que tengo un espíritu angustiado y recibo tu promesa que todo el que invocare tu nombre será liberado. En el nombre del Señor Jesucristo, te pido que me liberes de este espíritu de angustia.” Y fui librado.

Pero después de ser librado, Dios me mostró que aunque él había hecho su obra, yo tenía la responsabilidad de reeducar mi mente. Antes no me había sido posible, pero ahora que estaba libre debía hacerlo, porque Dios no lo haría por mí. La reeducación de mi mente y el cultivo de otros patrones de pensamiento fue una disciplina personal que no se llevó a cabo instantáneamente. Mientras luchaba con el problema, sabiendo que mi debilidad estaba en mi mente, leí Efesios 6:17: “Tomad el yelmo de la salvación...” La referencia en el margen de mi Biblia era 1 Tesalonicenses 5:8: “Puesto que nosotros somos del día, seamos sobrios, habiéndonos puesto... por casco la esperanza de la salvación.” Cuando leí que el casco era la esperanza, Dios me mostró que debía cultivarla: la expectación confiada de lo que es bueno. La protección para la mente es la esperanza.

Alguien ha dicho que todas las personas nacen pesimistas u optimistas. Yo sé que en mi caso, no sólo nací pesimista, sino que en mi familia se me entrenó cuidadosamente para ser pesimista. Yo amo y respeto profundamente a mis padres, pero ellos creían que si uno no se estaba preocupando debía preocuparse por no estar preocupado. Tenía que reeducar mi mente, pues el ser pesimista es la negación de la fe. Además, las Escrituras prometían

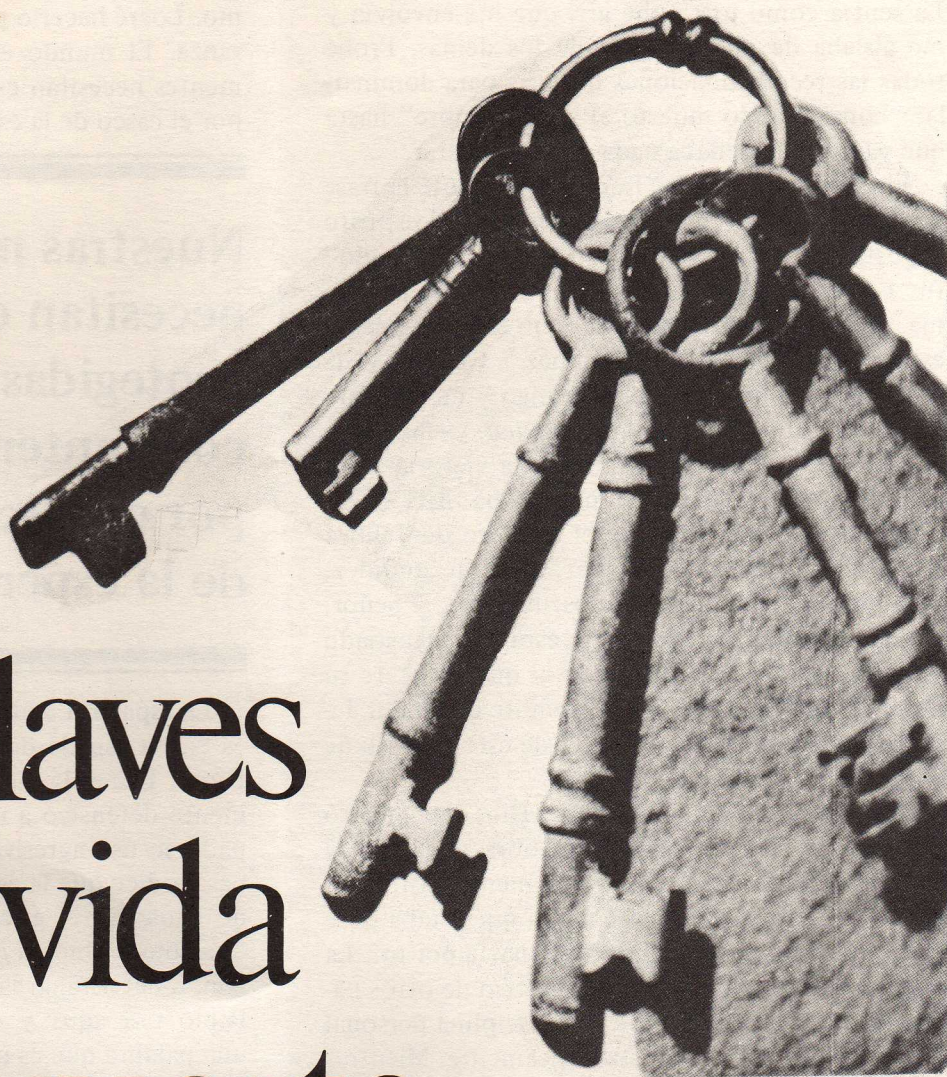
que si amaba a Dios y caminaba en su llamamiento y propósito, todo lo que me pasara resultaría para mi bien y eso no me dejaba campo para el pesimismo. Logré hacerlo poniéndome el casco de la esperanza. El mundo es un área de peligro. Nuestras mentes necesitan estar protegidas constantemente por el casco de la esperanza.

Nuestras mentes necesitan estar protegidas constantemente por el casco de la esperanza.

La espada. La última pieza del equipo espiritual es “... la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.” Ella es la que nos saca de un ambiente puramente defensivo a uno agresivo y ofensivo. La espada se usa agresivamente contra el enemigo. El pasaje dice que la espada del Espíritu es la *palabra* de Dios. En el griego se usan dos términos para “palabra.” Uno es *logos*, que significa consejo, razón, o determinar la verdad. El otro es *rhema*, que Pablo usa aquí y que significa específicamente una palabra que es pronunciada. Así que la espada del Espíritu es la palabra hablada; si no la pronuncia no tiene espada. Un ejemplo perfecto es lo que Jesús hizo cuando fue tentado en el desierto. Enfrentó cada una de las tentaciones del diablo diciendo: “Escrito está.” Nosotros tenemos que hacer lo mismo. Debemos conocer la Palabra de Dios, en vez de dejarla sobre la mesita de noche a la par de la cama. Si hablamos la Palabra como una espada cortante de dos filos, lograremos mantener al diablo a raya.

En conclusión, enumeremos los seis artículos de nuestro equipo: el cinturón de la verdad, la coraza de justicia, el calzado de la preparación del evangelio, el escudo de la fe, el casco de la salvación y la espada que es la palabra de Dios. Si nos armamos con este arsenal completo, podremos permanecer firmes contra los astutos planes del diablo y saldremos victoriosos del conflicto espiritual al que estamos llamados como hijos de Dios.

El enemigo no se ha salido con la suya cuando un creyente muere. Dios está en control. El tiene...



Las llaves de la vida y la muerte

Por Ern Baxter

Estos pensamientos fueron compartidos originalmente en el servicio fúnebre de un joven que recientemente pasó a la presencia del Señor y son vitales para comprender el señorío de Cristo, ejercido en la vida y particularmente en la muerte.

Jesucristo es el Señor de todo. El fundamento de nuestra fe es que hay Uno que gobierna el universo y que es el Origen de toda vida.

La vida no es la concurrencia fortuita de los átomos. Es el producto de un diseño infinito y detrás de ese diseño infinito no está un principio ni un conjunto de reglas, sino un Corazón palpitante y una Mente eterna. En cada giro, la vida nos enlaza con el Creador; él es el Señor de todas las áreas de nuestras vidas.

Pero su señorío va más allá de

la vida. En este mensaje deseo magnificar el señorío de Cristo, no sólo en la vida, sino también en el inevitable suceso de la muerte. La muerte es un aspecto del ejercicio con propósito de su señorío en el desarrollo de su relación con los hombres.

En las manos del Señor

En la epístola de Pablo a los Romanos, se definen las verdades fundamentales de nuestra fe. La siguiente traducción libre de un pasaje en el capítulo 14 enfatiza el omnímodo señorío de Cristo:

La verdad es que no vivimos o morimos como unidades independientes. En cada giro la vida nos enlaza con el Señor y cuando morimos, nos encontramos cara a cara con él. En la vida y en la muerte estamos en las manos del Señor. Porque este fue el propósito de Cristo al morir y resucitar: poder ser nuestro Señor tanto en la vida como en la muerte (Rom. 14:7-9. Cursivas del articulista).

Podrían sorprendernos un poco las palabras del apóstol, pero su significado es claro: Jesús no es sólo el Señor de la vida; él es el Señor de la muerte también.

David habla, en su hermoso Salmo 23, de la participación personal de Dios en los asuntos de la muerte. Comienza con "El Señor es mi pastor; nada me faltará"; pero hacia el final del salmo, cambia de la tercera a la segunda persona y habla del Señor en una forma muy personal: "Aunque ande en valle de sombra de muerte... tú estarás conmigo." En muchas situaciones de la vida nos apoyamos unos a otros para sostenernos. Pero cuando

entramos en la muerte lo hacemos en fila sencilla y solos con él. Nos vamos privada y personalmente con Dios, porque él es el Señor de la muerte.

Todo es vuestro

El apóstol Pablo escribió a los Corintios: "Todo es vuestro... inclusive la vida y la muerte" (1 Cor. 3:21,22). Mi primera reacción a estas palabras es de asombro pues no entiendo si son una bendición o no. ¿Por qué he de querer la muerte como mía? Cuando comprendemos la soberanía de Dios, sin embargo, y nos damos cuenta que él es Señor hasta de la muerte, entonces sabremos que la muerte es igualmente parte del propósito de Dios para nosotros como lo es el nacimiento, el matrimonio, los hijos y los demás aspectos de la vida. Aunque la muerte sea un enemigo en nuestra mortalidad, sirve a Dios para cumplir con su propósito y está bajo su señorío.

Debemos rehusar hacerle campo a Satanás en todo esto. Debemos rechazar categóricamente cualquier sugerencia de que cuando un creyente muere, el enemigo se ha salido con la suya, que de alguna manera se introdujo sin ser visto e hizo algo sin que el Señor lo supiera. No, porque quien se sienta en el trono del universo nunca duerme y no hay nada que pueda eludir su mirada, ni nada que se haga aparte de su intención. El hace todo conforme al beneplácito de su voluntad.

No podemos decir que alguien murió por "accidente"; más bien es una determinación de Dios Todopoderoso y parte del desarrollo de su propósito. Aunque no lleguemos nunca a entender totalmente sus propósitos, nuestra fe debe afirmar que Dios da y es Dios quien quita.

La muerte es sólo el portero

que responde al mandato del Cristo soberano y abre la puerta que nos permite salir de una habitación y entrar en otra. La muerte es a lo sumo un esclavo de nuestro Señor que actúa según su determinación. Cuando alguien muere, nuestro consuelo viene cuando nos sometemos al derecho soberano y absoluto de Dios para hacer con los suyos según su voluntad.

Un misterio

¿Por qué elige Dios llevarse a alguien? Yo no sé totalmente el por qué. Pablo dice que el propósito de la muerte y resurrección de Cristo fue para que él sea el Señor tanto de la vida como de la



Ern Baxter ha sido, por mucho tiempo, un líder en el movimiento carismático de los Estados Unidos. Fue pastor durante veinte años de una de las iglesias evangélicas más grandes del Canadá y ha viajado por todo el mundo proclamando el evangelio. Ern es miembro de la Junta Editorial de la Revista New Wine y uno de los ancianos en Gulf Coast Covenant Church, en Mobile, Alabama, E. U. A.

muerte. Y aunque yo sé que es cierto, no entiendo cómo. También debo recordar que hay mucho en la vida que yo no entiendo. La verdad es que cuanto más viejo me pongo más vuelvo a tomar ese sentido de misterio que había perdido en los años insensibles de mi inexperta juventud cuando creía saberlo todo. Yo no entiendo todo con respecto a Dios, pero sé que él es mi roca.

No entiendo completamente la encarnación. No puedo comprender cómo el Logos hizo a un lado

la toga púrpura de su gobierno coigual con el Padre y el Espíritu y descendió en el misterio de la encarnación. No entiendo cómo se anidó en el seno virgen de una joven campesina por nueve meses, nació y se apretó contra el pecho de su madre en su infancia. No poseo el aparato intelectual en mi mente caída para entender cómo la Perfección inmaculada luchó con el pecado y salió victorioso en todas las ocasiones. Aunque pudiera intentar dar respuestas al cómo y al por qué,

buenas y ciertas respuestas no podrían ser suficientes.

No comprendo todo lo que estaba sucediendo cuando Jesús colgaba en agonía de la cruz, tan mutilado que era irreconocible. Sin embargo, se me dice por revelación cuando el Espíritu Santo descorre la cortina que, en ese punto geográfico e histórico en particular, un suceso estaba ocurriendo que era cósmico en carácter. En esos momentos terribles Jesús estaba llevando el pecado del mundo, confrontando potes-

UNA HISTORIA DE PESCADORES

Por Paul Petrie

Mi hijo Mateo se vuelve "sordo" cuando se siente culpable por desobedecer. Aunque por lo general responde bien a la dirección mía y de mi esposa, le cuesta oírnos bien y se comienza a distanciar cuando ha desobedecido, sin que lo sepamos.

Un día, hace varios años, se presentó una situación en la que Mateo parecía no estar diciéndonos la verdad. Mi esposa estaba segura que no era sincero con ella, pero no podía probarlo. Nuestra filosofía con respecto a los hijos, sin embargo, ha sido siempre que cuando hay dudas, el amor "todo lo cree." Así que le dije a Mateo que confiaba que nos estaba diciendo la verdad y si no, el Señor nos lo mostraría.

Al día siguiente salimos a pescar juntos con un amigo y su hijo. Le enseñaba a Mateo cómo usar la caña desde el bote, pero no me estaba prestando atención y lo hacía diferente a como le había mostrado. Era obvio que no estaba siguiendo mis instrucciones. El resultado inevitable fue que dejó caer su caña nueva con el carrete en el agua profunda.

Mateo me miró con dolor en sus ojos y lágrimas corriendo por sus mejillas. Le dije: "Hijo, no me estabas oyendo bien. ¿Acaso le mentiste a tu madre?"

Inmediatamente reaccionó con un nuevo ataque de lágrimas y respondió: "Sí, papito, le mentí." Entonces vino y se sentó en mis piernas. Conversamos y oramos y le dije que esta vez no lo cas-

tigaría pues la pérdida de su caña era suficiente.

Después, decidí intentar pescar su caña yo mismo. Las posibilidades de clavarle el anzuelo eran pocas. El lago era artificial y habían dejado muchos árboles sin cortar bajo la superficie y troncos en el fondo en los que se enredaría mi anzuelo. Además, nos habíamos ido moviendo y ya no estábamos donde seguramente había caído. No obstante, puse un anzuelo bien grande en mi cuerda para intentarlo.

La primera vez el anzuelo se enganchó en un árbol y cuando arrollé la cuerda, el bote fue llevado en esa dirección. La segunda vez no pasó nada. A la tercera, sin embargo, venía una cuerda enganchada y a su extremo estaba la caña de pescar de mi hijo.

Todos nos alegramos porque Dios nos había ayudado a enganchar la cuerda de Mateo. Mi hijo, por supuesto, se sentía doblemente bendecido. Pero, para cerrar con broche de oro, cuando terminó de arrollar su cuerda, había un pescado en el anzuelo; ¡el único que se pescó ese día! Mi amigo que estaba con nosotros dijo: "Abrele la boca; tal vez encuentres una moneda."

Ese día sentí más que nunca antes, que Dios estaba tratando con mi hijo para enseñarle una lección que nunca olvidaría y que le ayudaría en el camino de la justicia y la madurez.

Paul Petrie es pastor de una iglesia en Lexington, Kentucky.

tades y principados y triturando bajo su pie conquistador la cabeza de "su majestad satánica." Y cuando hubo cumplido la tarea a la que el Padre lo había enviado, exclamó triunfalmente "¡Cumplido está!"

En la cruz

Necesitamos entender que la vida de Jesús no le fue quitada por el enemigo. El *dio* su vida entregando su espíritu. En ese momento de la muerte de Jesús, Satanás, que había recogido las almas a la hora de la muerte durante cientos de años, probablemente presumió que esta Alma era suya también. Posiblemente, envió a sus príncipes más fuertes para tomar el alma de Jesús. Pero cuando los poderes satánicos se acercaron para llevarse el alma de Jesús en la muerte, el Mesías los echó al suelo. Si los que allí estaban presentes hubieran tenido ojos espiritualmente perceptivos, hubieran visto salpicadas al pie de la cruz las formas derrotadas de los principados satánicos.

El Rey Jesús nunca reinó tan majestuosamente como en ese instante en la cruz, donde habiendo terminado su obra, triunfalmente entregó su espíritu y descendió al Hades para declarar que el momento cósmico había llegado, que el hombre había cumplido con su destino, que la voluntad de Dios se había hecho. Hizo su anuncio y después ascendió a la presencia de Dios para sentarse a la diestra de la Majestad Altísima hasta que sus enemigos fueran puestos por estrado de sus pies. Ese día Jesús demostró que era el Señor tanto de la vida como de la muerte.

No hay accidentes

El señorío soberano de Cristo, aun en los asuntos de la muerte, es evidente cuando consideramos

el trágico vuelco del automóvil en el que murió mi joven amigo. Uno de sus hermanos que lo acompañaba en el vehículo y sobrevivió, estaba comprensiblemente inconsolable por la muerte de su hermano. Cuando conversábamos días después del suceso, él me preguntaba: "¿Por qué él?" "¿Por qué no yo?" Sus palabras eran sinceras; creo que en esos momentos hubiera cambiado gustosamente lugares con su hermano.

Pero cuando él me hacía esa pregunta, algo dentro de mí se encendió y mi respuesta fue la siguiente: "Me dices que estabas a sólo quince centímetros de tu hermano cuando ocurrió el choque. El fue llevado y tú te quedaste. Eso me vuelve a confirmar que los cristianos no mueren por accidente; mueren por designio divino. Tienes que entender que Dios tenía una razón para llevarse a tu hermano y dejarte a ti. Tu hermano entró bajo el señorío de Jesucristo en la muerte. Tú entraste bajo su señorío en la intención divina de dejarte vivir."

¿Por qué se lleva Dios a un joven que está lleno de promesas y deja a alguien como yo cuya vida está aparentemente cumplida? Esa pregunta no me es permitido hacerla. Lo que se me permite es inclinarme ante el señorío de Jesucristo y decir: "Señor de la Vida, tú eres Señor de la Muerte también. Tú has elegido a algunos para llevártelos y a nosotros para que quedemos." Sabemos por qué se ha llevado a unos; es parte de su propósito. Pero el reto continuo para nosotros es descubrir por qué nos ha dejado.

Señor de la Vida y la Muerte

Estamos en la luz del Señor igual que como los que nos han precedido están en su luz. Pablo dice que estar ausentes del cuer-

po y presentes con el Señor es mucho mejor que estar presentes en el cuerpo y ausentes del Señor (2 Cor. 5:6-8). Es mucho mejor para los que se han ido a estar con él, pero es difícil para nosotros que tenemos que ajustarnos a su ausencia. Un velo nos separa, pero en el espíritu estamos en la presencia de Dios como ellos lo están.

Por lo tanto, podemos dar gracias a Dios por el triunfo del Señor Jesucristo sobre la muerte, como a uno de los misterios de su soberanía, seguros de que Cristo es Señor tanto de la vida como de la muerte.

Nuestra confianza y triunfo máximos están mejor expresados en el himno que dice:

La muerte no es morir, dejar al camino terrenal, estar en casa con Dios, con la hermandad celestial.

La muerte no es cerrar ojos empañados por lágrimas y despertar en reposo glorioso toda una eternidad.

La muerte no es sufrir la llave que nos hace libres de las limitaciones de esta vida a una libertad sin límites.

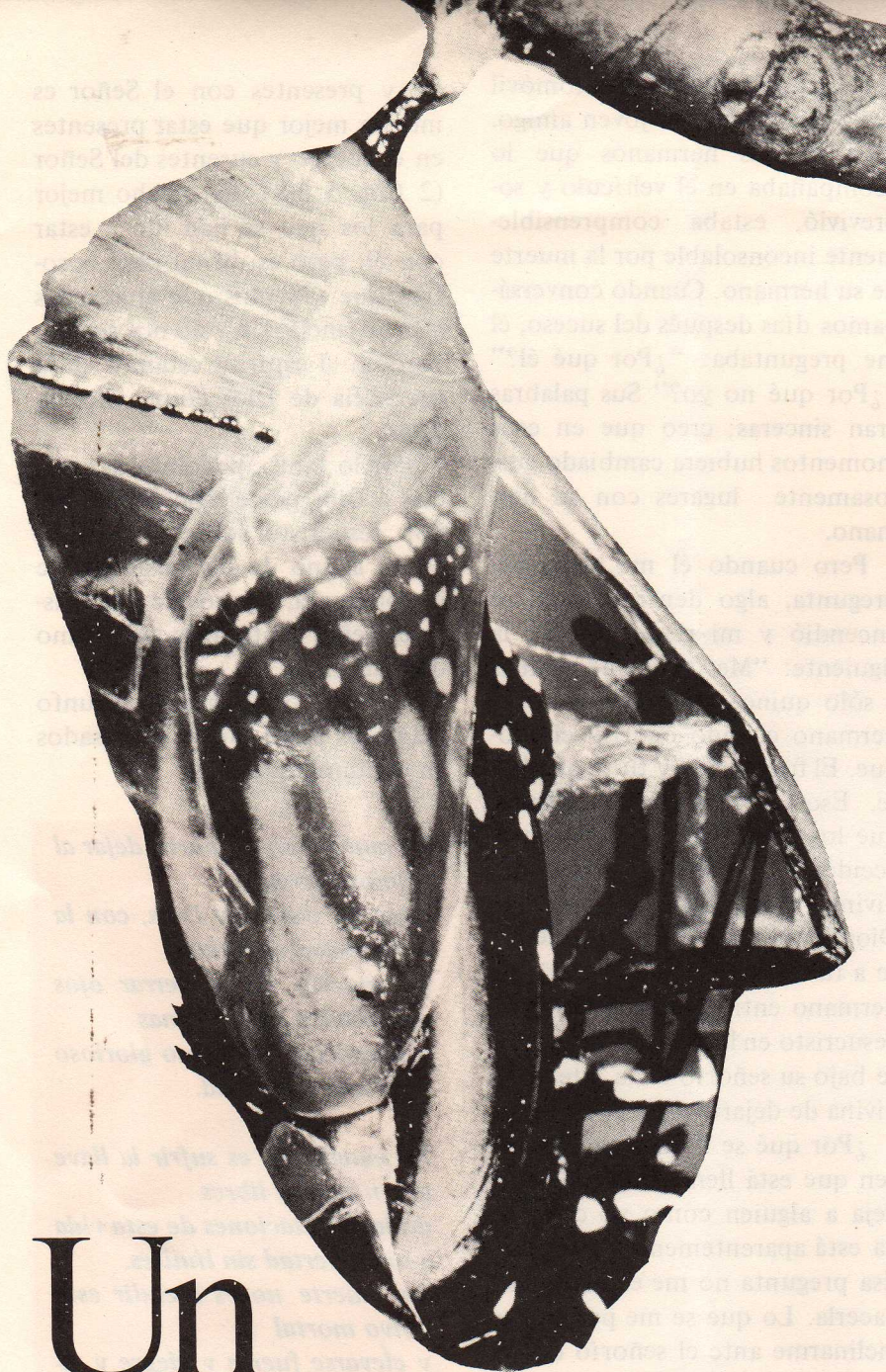
La muerte no es sacudir este polvo mortal y elevarse fuerte y alegre y vivir con el justo.

Jesús, tú eres el Príncipe de la vida; tus elegidos no pueden morir.

Como tú, conquistan en la lucha para reinar contigo y vivir.¹

Todos los que han pasado a la presencia del Señor no están muertos. *¡Están vivos!*

1. Himno de César Malan, 1864. Traducción libre.



Un intercambio divino

Por Robert Grant

La tumba estaba vacía. La muerte no pudo retener al Hijo del Hombre. El Dios Todopoderoso había hecho una declaración final que vibraría a través de la eternidad.

La vida y las enseñanzas de Jesús fueron confirmadas como la máxima verdad y realidad en este momento dramático de su resurrección. El camino había sido abierto para un totalmente nuevo orden de la existencia humana. Jesús había roto las limitaciones naturales y el confinamiento del tiempo. Un intercambio divino se había efectuado que tendría un impacto profundo en todos los que le oyeran.

Jesús había intercambiado la muerte por la vida, la mortalidad por la inmortalidad. Lo que él era en la tumba fue cambiado por lo que era en el corazón del Padre. Y ese es el corazón de la vida cristiana: un intercambio de lo que somos en nuestra fealdad por lo que somos destinados a ser en el corazón de nuestro Padre celestial.

Anulando las cosas que son

Esta importante verdad es la que 1 Corintios 1:28 expresa. Aquí leemos que "Dios ha escogido lo que no es, para anular lo que es." El ojo amoroso del Padre celestial se detiene en nuestras vidas y ve la extensión total de nuestras necesidades y limitaciones. Su deseo es que de igual manera que desató las envolturas sepulcrales de Jesús, así también soltará esas cosas que nos restringen y limitan.

Dios ha escogido las cosas que no existen para anular las que son. Si tenemos un corazón feo, su deseo es anular esa fealdad y poner la belleza de Jesús en su lugar. Toma "lo que no es" en nosotros, la belleza de Jesús; y la usa para anular lo que existe, nuestra fealdad. Esto no es sólo

un ideal cristiano; es uno de los pilares milagrosos de la vida cristiana. Y aunque es milagroso, no deja de ser muy práctico en su cumplimiento dentro de la vida cotidiana.

Una provisión sobrenatural

Recuerdo una situación específica que confirmó este principio. Sucedió en una ocasión que cuando me sentía muy presionado y obviamente falto de gracia, un hombre llegó a la puerta de mi casa. No había nada en mi corazón que quisiera responder con compasión a esta persona. Sabía que sería una experiencia agotadora recibirlo pues conocía su necesidad. Estuve tentado a no responder su llamado a la puerta.

La realidad de mi actitud me golpeó. Me sentía feo por dentro y sin embargo, sinceramente no sentía la suficiente gracia para ayudar a este hombre. Entonces hice esta oración: "Señor, entro ahora en ese intercambio divino que dice 1 Corintios 1:28. Permíteme que lo que no existe en mí, la bondad de Jesús, substituya lo que hay, la falta de amor en mi corazón."

Creyendo ese versículo, me dirigí a la puerta para recibir a mi huésped. Cuando él entró en mi casa, comencé a sentir la provisión sobrenatural de gracia y de interés por él. ¡Iba más allá de lo que yo podía darle, pero estaba allí! Un milagro estaba ocurriendo en mi corazón cuando cambié lo que yo era por lo que él es. No era sólo la esperanza de una declaración de fe, sino un intercambio verdadero y trascendental de vida para llenar esta necesidad en particular.

¡Ha resucitado!

Jesús ha abierto la puerta a esta manera de vivir para todos los

que creen en su nombre. La resurrección de Cristo quitó todo obstáculo que impedía que tuviéramos una vida de relación continua con la provisión trascendental de nuestro Padre celestial. El está listo para anular esas cosas indeseables que han existido en nosotros y reemplazarlas con su provisión en Jesús.

Este intercambio divino es nuestro por fe y él quiere que sea parte normal de nuestro vivir co-

tidiano. Es lo que distingue a la vida cristiana en la tierra. Mi oración es que en esta Pascua todos lleguemos a poseer este intercambio en una dimensión mayor. Sería el modo tangible por medio del cual nuestras vidas darían testimonio que la tumba está vacía y que él ha resucitado.

Robert Grant es pastor de una congregación en Misión Viejo, California.

Sugerencias para padres

Usted le dio un regalo especial a su hijo y por la manera en que sus ojos se iluminaron cuando lo abrió, supo que estaba agradecido. Pero cuando puso a un lado su regalo y corrió a usted diciendo: "¡Gracias, papá!" y le puso los brazos en el cuello, entonces fue que su corazón casi se desbordó de placer.

Si esta escena ha ocurrido en su hogar, entonces usted ha sido testigo de una parábola de cómo la gratitud nos lleva hasta la misma presencia del Padre celestial y de la alegría suya cuando llegamos a él de esa manera. Un corazón verdaderamente agradecido volverá su atención de la dádiva al Dador. Si cultivamos en nuestra familia la semilla del agradecimiento, a su tiempo veremos el fruto de la adoración creciendo en ella y sus miembros irán aprendiendo a mantener sus corazones sensibles y vueltos a él.

Para adorar a Dios en verdad, usted tiene que saber quién es él y cómo es. Si nadie ha visto a Dios, ¿de qué manera llegamos a saber cómo es? El apóstol Pablo nos dice que "sus atributos invisibles, su eterno poder y divinidad, se han visto con toda claridad, entendiéndose por medio de lo creado" (Rom. 1:20). Todos nosotros, niños y adultos, aprendemos cómo es Dios y por qué es digno de nuestra adoración por las cosas que él ha creado, los regalos que él nos ha dado. Si él hizo las montañas y los relámpagos, debe ser poderoso. Si hizo el atardecer y la rosa, se debe deleitar en la belleza. Si hizo el cuerpo humano, debe ser sabio y si hizo el avestruz debe tener un gran sentido del humor. Cuando ayudamos a nuestros hijos a dar gracias a Dios por sus dádivas, grandes y pequeñas, les estamos enseñando cómo es él y los estamos enviando a sus brazos con corazones agradecidos. PADREGRAMA



¿Turba o nación santa?

La diferencia está en la presencia de Dios

Por Charles Simpson

No hay ocasión que se compare con la conclusión de una buena cena, cuando se está con personas que uno ama, sintiendo la presencia del Señor. A veces, en esta atmósfera de la cena de la noche, mi familia y yo compartimos algún pasaje de las Escrituras cuando todavía estamos sentados alrededor de la mesa. Es un acto sencillo, después de la comida, cuando volvemos nuestros pensamientos hacia el Señor y conversamos sobre el pasaje. Hace poco, durante una de estas ocasiones, sentimos la presencia de Dios en una forma extraordinaria.

Noté esa noche que estábamos en su presencia, la calidad especial de la contribución de cada miembro de la familia sobre la Escritura. Había cierta sobriedad en nuestros comentarios y cuando nos tomamos de las manos para orar, la presencia de Dios se hizo poderosamente real. Nos hizo recordar nuevamente que cuando comemos y bebemos juntos en la presencia de Dios, la manifestación del Señor es quizás la más significativa de todas las que compartimos con Jesucristo.

La cena del pacto

Las Escrituras enseñan que comer y beber juntos, es a menudo símbolo y contexto de un pacto. Cada vez que Dios hizo pacto con los hombres, como cuando él adquirió una obligación con nosotros para salvarnos y liberarnos, lo confirmó con una comida.

En las culturas antiguas del cercano oriente se consideraba cada comida como un pacto. Tomar parte de una comida significaba ser invitado a la casa de una persona para compartir su vida familiar. Nadie hubiera pensado aceptar una invitación de comer en su casa y traicionarlo después. Tal vez lo peor que se pudo haber dicho de Judas en la Biblia fue profetizado en los Salmos: "Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar" (Sal. 41:9).

Dios le da una importancia muy grande a las comidas. Por ejemplo, Israel fue sacado de Egipto por una comida de pacto. Pudiera parecer extraño que fueran salvados por comer. De cualquier manera, Dios escogió salvarnos usando la comida de la Pascua.

La historia de la Pascua tiene sentido cuando la vemos en retrospectiva, pero si usted y yo hubiésemos vivido entonces, no la habiéramos entendido mucho. ¿Se puede imaginar las conversaciones que surgieron en los hogares hebreos después que Moisés les dijo a los hombres lo que Dios quería que hicieran? Casi puedo oír a la esposa de uno de ellos preguntar a su marido:

—¿Qué pasó en la reunión?

—Mañana te lo diré.

—¡Ah, vamos! ¿Qué dijo Moisés?

—Pues, dijo que comiéramos cordero la próxima semana.

—No tenemos el dinero para comprar cordero. Somos esclavos.

—Pues tendremos que conseguirlo de alguna

manera. Y lo vamos a comer con yerbas amargas.

—Pero tú sabes que a los niños no les gusta las yerbas amargas.

—Sí lo sé, pero Moisés dijo que lo hiciéramos.

—Este es el mismo que nos trajo las ranas y los piojos, ¿no es cierto?

—Olvídate de eso. Además de cordero, vamos a comer panes sin levadura. No podemos ni tenerla en la casa siquiera.

—¡No puedo creerlo! La levadura nunca hizo daño a nadie.

—Si eso te altera, pues no te contaré el resto.

—¿Qué resto?

—Tenemos que pintar el frente de la casa con sangre.

—¿Con sangre? Pues lo siento, pero eso sí que no. El frente de *mi* casa, ¡no!

—Si no lo hacemos, Moisés dijo que nuestro hijo mayor morirá.

—Oh... ¿qué dijiste que tenemos que hacer?

La Biblia dice que cada una de las familias hebreas se reunió a la media noche para comer, vestida para viajar. Comieron las yerbas amargas que simbolizaban arrepentimiento. Comieron el cordero, un tipo del Hijo de Dios. Hubo pan sin levadura, símbolo de la vida de Dios, pura y sin engaño, sin nada que le dé la apariencia que es mayor o mejor de lo que realmente es. Se alistaron para salir y comieron. A la media noche, el ángel de la muerte pasó. En todo Egipto se oyó un gran clamor cuando los primogénitos murieron y los hebreos fueron liberados.

Sellados con el Espíritu de Dios

Dios había librado a los israelitas por medio de una comida de pacto. Ahora debía sellar el pacto con su presencia.

La presencia de Dios es un sello. Las Escrituras enseñan que cuando se sentía la presencia de Dios en algún evento, era señal de la aprobación y participación de Dios. En Efesios leemos que después del bautismo, el pueblo de Dios es “sellado con el

La presencia de Dios es un sello que denota la aceptación y la aprobación de Dios.

Espíritu Santo de la promesa” (1:13). Este no es como los sellos en un vaso para impedir que algo salga o entre. Este sello es una marca de aprobación. La presencia de Dios es un sello que denota la aceptación y la aprobación de Dios.

Cuando los israelitas llegaron al Mar Rojo y pasaron entre las aguas separadas, fueron “bautizados” como nación en un sentido simbólico. Entonces, la nube de la presencia de Dios vino sobre ellos y Dios selló a una nación entera con el Espíritu Santo. Había puesto su marca en ellos.

Así fue que los israelitas que habían comido juntos en la presencia de Dios y habían sido salvados por el sacrificio de un cordero, pasaron por las aguas y bajo la nube. Fueron liberados de un viejo orden y sellados en uno nuevo.

Las demandas del pacto

Sin embargo, después de que Israel salió de Egipto, comenzaron los problemas internos, porque Israel era una multitud mixta. Todos habían querido salir de Egipto, pero no todos querían ir a Canaán. Tampoco pensaban corporativamente. Pensaban como familias individuales y no como una nación santa.

El problema en la raíz era que los israelitas habían recibido un pacto, pero desconocían sus demandas. ¿Cuántos hemos hecho compromisos sin comprender las implicaciones plenas? Hagamos la pregunta de otra manera. ¿Cuántos hemos dicho: “Sí, acepto,” en la euforia del dichoso momento de nuestra boda; pero cuando vinieron los problemas comenzamos a entender el peso de nuestro compromiso?

De la misma manera Israel había aceptado ser el pueblo redimido de Dios sin entender las implicaciones reales de su compromiso. Así que cuando llegaron al desierto y tuvieron sed, murmuraron. Cuando tuvieron hambre, murmuraron. Tres meses después de haber salido de Egipto llegaron al desierto de Sinaí y acamparon delante del monte de Dios.

Allí subió Moisés a entrevistarse con Dios. El Señor le aclaró que el pacto que estaba haciendo con su pueblo demandaría la obediencia de Israel. Cuando Moisés expuso ante los israelitas todo lo que el Señor le había mandado, el pueblo respondió a una como nación: “Todo lo que Jehová ha dicho haremos.” Moisés refirió a Dios las palabras del pueblo.

Entendamos que el pueblo prometió obedecer antes de saber lo que Dios le estaba pidiendo. De todas maneras, una vez que se comprometieron,

Dios comenzó a decirles lo que quería que hicieran y lo que no hicieran. Les dio los Diez Mandamientos, con que los instruía para que honraran y respetaran a Dios, a la familia y al prójimo. Después el Señor repitió la ley detalladamente. Les enseñó a tener rectitud en la vida de la comunidad y les dio grandes fiestas para que las observaran: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos.

En el monte

Seguidamente, Dios dijo a Moisés que subiera al monte con Aarón, Nadab, Abiú y setenta de los ancianos de Israel, pero que el pueblo se quedara abajo. Lo que sucedió cuando los ancianos subieron el Sinaí está narrado en Exodo 24:9-11:

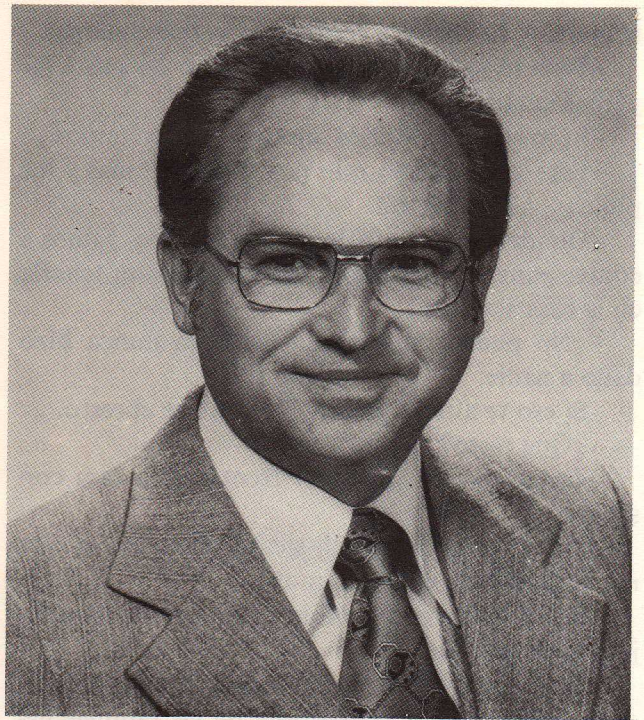
Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel y vieron al Dios de Israel... Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron.

No sé si podemos captar totalmente lo que el pueblo de Israel sintió cuando vio a sus líderes subiendo por la ladera de la montaña, ni cómo se sintieron los ancianos cuando Dios dijo: "Deténganse aquí," y sacaron su pan y su vino. ¿Qué estarían pensando cuando partieron el pan, lo pasaron y vieron el fuego abrasador en la nube de la presencia y la gloria de Dios Todopoderoso? Cuando bebieron el vino, seguro se maravillaron en aquel que era tan terrible, poderoso y santo; aquel que había hecho todas las cosas.

Se vieron a sí mismos y vieron sus modos de esclavos que todavía tenían: faltos de entrenamiento, malos y despreciables en sí mismos. Luego lo miraron a él, glorioso, santo y poderoso y se preguntaron por qué Dios no los había matado. Pero en la majestad de Dios, vieron también su gracia y misericordia. Así comieron el pan del pacto y bebieron el vino del pacto, en la presencia de Dios y recibieron todo lo que Dios había dicho.

La comida del Nuevo Pacto

Siglos después que Moisés y los ancianos de Israel comieron en la presencia de Dios en el monte, una nueva comida y un nuevo pacto fueron establecidos por el Señor Jesús. En la noche que fue traicionado, Jesús se reclinó a la mesa con sus apóstoles. Allí en el aposento alto les dijo: "Intensamente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir" (Luc. 22:15). Esta era la mis-



Charles V. Simpson recibió su educación en la Universidad de William Carey en Hattiesburg, Mississippi y en el Seminario Teológico Bautista de Nueva Orleans, Louisiana. Además de sus responsabilidades pastorales y ministerio internacional, es presidente de la Junta Editorial de New Wine. El, su esposa Carolyn y tres hijos viven en Mobile, Alabama.

ma comida que los israelitas habían comido en Egipto, porque el pueblo de Dios era aún esclavo de la oscuridad espiritual. El Señor había ordenado esta nueva hora para partir el pan con su pueblo, sin levadura, con yerbas amargas, con "ropa de viaje", porque desde este momento, el pueblo de Dios entraría en una nueva jornada.

Jesús estaba comiendo el último remanente de un símbolo que él cumpliría en el propósito de Dios. Desde entonces él sería el Pan de Vida, el Cordero de Dios, del que comerían los hombres para su liberación. Jesús estableció los términos del nuevo pacto y los apóstoles lo ratificaron comiendo y bebiendo en la cena del pacto.

El día del cumplimiento

Jesús estaba arraigando de nuevo a los discípulos en los propósitos eternos del pacto de Dios Todopoderoso. Igual que Dios había llevado a Moisés a un monte para celebrar una comida de pacto, Jesús llevó a sus discípulos al Aposento Alto para el cumplimiento de las promesas del pacto

hechas siglos antes por boca de Moisés.

Aunque los ancianos en los días de Moisés se sentaron en el monte y vieron a Dios de lejos, estos doce hombres se sentaron y comieron con Cristo. Lo tocaron y lo vieron de cerca. Así como los ancianos vieron a un Dios terrible que era un misterio, estos hombres vieron a Jesús, que había calmado el mar y resucitado muertos y él también era un misterio. Ellos se preguntaban lo que estas palabras significaban.

Pero tal vez el misterio más grande era otro. Los ancianos del Israel antiguo habían visto y habían comido con un Dios tan temible que se habían preguntado por qué no los había matado, contrastando la maldad de ellos y la santidad de él. Ese día, el hombre estaba en las manos de Dios y él pudo haberlos matado fácilmente. Pero por su gracia no lo hizo. No obstante, cuando Dios en su humildad se hizo carne y se puso en las manos del hombre; cuando Dios comió con el hombre, no a la distancia, sino cara a cara, el hombre mató a Dios en Jesucristo.

Esa noche los discípulos maravillados vieron a Jesús haciendo un nuevo pacto con ellos. Y lo vieron hasta que los soldados romanos lo rodearon. Lo miraron mientras era maldecido, mientras se burlaban de él y lo escupían. Lo vieron mantener su majestad y su dignidad en las circunstancias más degradantes, al Dios cuyo amor de pacto soporta todas las cosas. Lo vieron finalmente colgar desnudo en la cruz para cumplir su promesa, y sintiéndose vacíos y abandonados lo vieron morir y se preguntaron: “¿Dónde está la Presencia que sella el Pacto?”

Sellados con el Espíritu

Pero, cincuenta días más tarde, después de la Resurrección, los discípulos se volvieron a reunir en un aposento alto como el pueblo de su pacto, la iglesia en Jerusalén. Cuando estaban orando, con un solo corazón, de acuerdo con el pacto, el Espíritu Santo de Dios vino sobre ellos. El mismo Espíritu que estaba en el monte y en la nube llenó el aposento y cayó sobre ellos como lenguas de fuego, para que el sello de la presencia de Dios estuviera sobre ellos.

El Señor dijo en el día de Pentecostés (lo mismo que había dicho en el Sinaí) “estos son mi tesoro especial sobre todos los pueblos.” Y el poder de Dios se encendió en ellos como en el monte. La santidad de Dios pasó de un monte a un cuerpo de personas; y el poder de Dios en un cuerpo unido por un pacto cambió al mundo.

Como los israelitas de antaño, nosotros tampoco hemos comprendido la meta para la que fuimos llamados. Es cierto que hemos sido sacados de entre los gentiles. Hemos compartido el Pan, comido el Cordero y bebido el vino nuevo, juntos en la nueva Pascua. Y hemos visto la nube de la presencia de Dios descender y sacarnos de la esclavitud.

No podemos cruzar el Mar Rojo o el Jordán o ninguna otra barrera como una turba corriendo salvajemente en dirección al propósito de Dios.

Sin embargo, todavía no hemos tenido nuestro Pentecostés corporativo; si bien lo hemos tenido individualmente, visitas personales del Espíritu Santo; todavía no hemos llegado a un mismo corazón y a una misma mente. No podemos cruzar el Mar Rojo o el Jordán o ninguna otra barrera como una turba corriendo salvajemente o en dirección al propósito de Dios. Sólo cuando nos movamos como uno, ascenderemos al lugar al que Dios nos ha llamado.

Cada vez que nos juntemos alrededor de la mesa, como familia o en la iglesia, recordemos que las manos que nos dan el Pan fueron heridas con clavos para sacarnos de la esclavitud y para hacernos una nación santa. Estamos en su presencia. El pacto que recibimos fue hecho por Uno que habitó en el monte y que ahora habita en los corazones de los hombres. Si personal y corporativamente nos vemos partiendo el pan y bebiendo en la *presencia de Dios* entraremos en la armonía de sus propósitos.

Anhelemos el día cuando seamos de una misma mente y de un mismo espíritu, en Jesucristo y la gloria de Dios nos llene como a una sola nación. Que Dios adelante el día cuando podamos juntarnos para comer el pan de su carne y beber el vino de su sangre en *su presencia* y recibir como un solo pueblo, el pacto y el Espíritu de Dios.

EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO

Una respuesta a la antigua pregunta: ¿Por qué sufren los cristianos?

Si queremos entender el significado y el propósito del sufrimiento en nuestras vidas, tenemos que fijarnos en el ejemplo de Jesús. Soportó el sufrimiento en obediencia al Padre; fue a través del dolor, el sufrimiento y la muerte que Jesús nos redimió. Ahora él usa el sufrimiento para disciplinarnos y enseñarnos, para hacernos santos, para mostrarnos la vida interna de Dios, esa sujeción completa a la voluntad del otro que se encuentra en el corazón de la Trinidad.

“Aunque era Hijo,” dice de Jesús el escritor de Hebreos, “aprendió obediencia por lo que padeció” (Heb. 5:8). Realmente, Jesús sufrió *porque* era Hijo: “Porque el Señor a quienes ama disciplina, y azota a todo hijo que recibe” (Heb. 12:6). Jesús nos hizo hijos del Padre por medio de su muerte y resurrección; por eso compartimos la disciplina de Dios: “El nos disciplina para nuestro bien, para que participemos de su santidad” (Heb. 12:10).

La disciplina del Señor se efectúa en el sufrimiento. El principal obstáculo que tenemos para comprender el sufrimiento es la convicción egoísta de que Dios es como una super-aspirina para todos nuestros males. Juntamente con esa convicción va el profundo temor que Dios realmente no nos ame. Constantemente le pedimos que pruebe su amor dándonos “éxito”, usualmente según las normas de este mundo. Pero el Padre nos

Por Francis Martin

ama demasiado para ceder a nuestra demanda de alimento para bebés: “Porque el Señor a quienes ama disciplina.”

De acuerdo a esta era tecnológica, los obstáculos son cosas de las que nos deshacemos. Si una montaña se interpone en la construcción de una carretera, quítela con un ejército de tractores. Si un río se atraviesa, haga un puente. Si le estorba esta enorme caja, llame al montacargas para que la haga a un lado. Estos impulsos, apropiadamente canalizados, son las extensiones de nuestra responsabilidad en el mundo que Dios nos ha confiado. Pero ¿qué si los obstáculos en nuestras vidas no se mueven tan fácilmente? ¿Significa eso que algo anda mal? ¿Qué si estamos enfermos y no mejoramos? ¿Qué si los miembros de nuestra familia no maduran como deseamos? ¿Qué debemos hacer? ¿Mejorar nuestra técnica de oración? ¿Buscar a otro que nos dé un consejo mejor? Esa pudiera ser la respuesta, pero tengamos cuidado. Hoy corremos el riesgo de forjar cierta clase de “tecnología espiritual”: de inventar métodos seguros para la remoción de obstáculos. Si la solución no funciona, vamos a la mesa de diseños en busca de otra técnica, como cualquiera empresa tecnológica.

Esto suena un tanto extraño, pero una búsqueda así, para encontrar la “tecnología espiritual correcta” a menudo acecha tras nuestras oraciones y esfuerzos para superar obstáculos. Anhelamos el éxito. Cuando no lo encontramos, sólo quedan dos explicaciones: o estoy haciendo algo mal y Dios por alguna razón no me quiere mos-

trar la forma correcta, o realmente no le importo a Dios y mi vida y sufrimiento no tienen significado.

Miremos nuevamente a Jesús. "Por el gozo puesto delante de él soportó la cruz." Aprendió obediencia por medio del sufrimiento. Abrase a Dios, quien realmente no está interesado en nuestra clase de éxito, sino que quiere darnos la sabiduría de Jesús: la capacidad de confiar solamente en el Padre, de poder decirle: "Sólo tú eres mi gozo." Únicamente cuando somos humillados por nuestra incapacidad de remover obstáculos (no sólo "pruebas espirituales"), podremos comprender a Jesús. Esta es toda la meta de lo que el Nuevo Testamento Griego llama *paideia*, la disciplina o educación de Dios.

Cuando hayamos aprendido algo de la humildad de Jesús, estaremos libres. El éxito, aún nuestra idea del éxito espiritual, no importará. Todo lo que importa es la voluntad del Padre y nuestra profunda y serena confianza en él. En este punto, la "carga del pecado que nos asedia" comenzará a caerse. Comprendemos que el Señor nos ha estado disciplinando para que podamos "participar de su santidad" y que su corrección está produciendo "el fruto apacible de justicia."

Cuando Jesús dijo que la grandeza era pequeñez, no quiso decir que los que se volvieran pequeños recibirían un ascenso. Su significado preciso es que en la pequeñez hay sabiduría. Se trata de una sabiduría que está escondida de todos, menos de los que han aprendido obediencia, frente a situaciones realmente imperfectas. Pablo expresó esta sabiduría así: "A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser como él en su muerte." ¿Por qué hizo Pablo esta oración? "A fin de llegar a la resurrección de los muertos" (Fil. 3:10,11).

Este es el mismo Pablo que había orado por tantos y había sido escuchado y que le había pedido tres veces al Señor que lo librara de su sufrimiento. El Señor le respondió: "Bástate mi gracia, pues mi poder se perfecciona en tu flaqueza." Pablo lo recibe con acierto y dice: "Gustosamente prefiero gloriarme en mis debilidades para que el poder de Cristo more en mí" (2 Cor. 12:9).

Conozco a una mujer que dio a luz un niño mongoloide al inicio de su vida matrimonial. Era su momento de crisis. Ya había tenido otro hijo; su esposo tenía dinero; la pareja tenía por delante todas las satisfacciones materiales, sociales y artísticas de una vida exitosa. Su hijo mongoloide no era algún problema abstracto; significaba un cam-

bio radical en sus vidas. Esta no era una carga que se iría "con oración"; era un misterio del sufrimiento. La mujer abrió su corazón a este misterio. Libremente rindió todas esas noches que pudo disfrutar con sus amistades interesantes y tomó a este niño en sus brazos como si fuera Cristo. Veintiún años después, este hijo está rodeado de una familia amorosa de otros cinco hijos. El misterio tocó a todos. Lo revelan en sus vidas y en su conocimiento de Dios. Cada vez que entro en la habitación de este muchacho, siento la presencia del Señor. El nacimiento de este hijo hizo que la mujer viviera sin mucho de lo que estaba acostumbrada. Pero ahora tiene una comprensión de Jesús que sólo viene en el "andar como él anduvo" (1 Jn. 2:6).

Conozco a un hombre que está muriendo, que saluda al dolor como a su "hermana." Conozco a otro hombre, bendito Matt Talbot, que santificó los sufrimientos impuestos sobre él por una vida previa de alcoholismo y se convirtió en un vaso que lleva el perfume de Cristo. Sé en mi poca manera de ser que las injusticias y las privaciones diarias de mi vida, se transforman ahora en oportunidades de libertad.

Todos nosotros debemos examinar nuestras vidas y tratar de ver lo que el Señor nos está enseñando a través de nuestras imperfecciones y sufrimientos. C. S. Lewis dijo una vez: "Dios nos susurra en nuestros placeres, habla en nuestras conciencias, pero grita en nuestras penas; es su megáfono para levantar a un mundo sordo." El dolor es el lugar donde llegamos a ser como Jesús y donde le comprendemos. Cuando tengamos temor del dolor, podemos buscar a ciertas personas que conocemos y que han sufrido. Podemos ver y tocar en ellas la presencia viva de Jesús diciendo: "Fortaleced las manos débiles, y las rodillas que flaquean, y haced sendas derechas para vuestros pies, para que el miembro cojo no se descoyunte, sino que sea sanado" (Heb. 12:12,13).

Por causa de Jesús, ser tratado como un hijo de Dios es una bendición y una alegría también.

Francis Martin es un contribuyente frecuente de la revista New Covenant y autor de dos libros: The Footprints of God (Las huellas de Dios), y Touching God (Tocando a Dios).

Este artículo apareció originalmente en New Covenant Magazine. Reproducido con permiso.

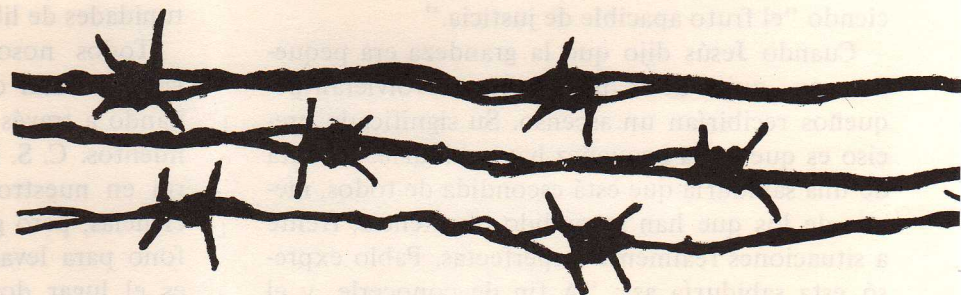


UN TRAJIDOR PERDONADO

Por Corrie ten Boom

Durante la ocupación nazi de los Países Bajos, en la Segunda Guerra Mundial, Corrie ten Boom y su familia arriesgaron sus vidas escondiendo a judíos para impedir que fueran arrestados y enviados a los campos de concentración. Esta operación subterránea tuvo un éxito enorme hasta que uno de sus propios conciudadanos reportó las actividades de la familia a la policía secreta. La traición llevó a Corrie y a toda su familia a los campos de concentración donde su padre y su hermana murieron.

*En su libro, **El refugio secreto**, Corrie narra los acontecimientos de esos años. El siguiente extracto de esa historia, relata cómo su hermana, Betsie, le ayudó en su lucha para perdonar al informante, Jan Vogel, cuando descubrió su identidad por medio de otra prisionera.*



A las 6:00 de la tarde, pasaban la lista de nuevo y después marchábamos de regreso a las barracas donde dormíamos. Betsie estaba siempre en la puerta esperándome; cada día era como si hubiera pasado una semana; teníamos tanto que decirnos.

“¿Ese joven belga y la muchacha que se sentó junto conmigo en la banca? ¡Hoy se comprometieron!”

“La señora Heerman, quien le llevaron a su nieta a Alemania, hoy me dejó orar con ella.”

Un día las noticias de Betsie nos tocaron directamente. “Una

señora de Ermelo fue transferida hoy al destacamento de costura. Cuando me presenté, ella dijo: ‘¡Otra más!’”

“¿Qué habrá querido decir?”

“Corrie, ¿recuerdas el día que fuimos arrestados y aquel hombre vino a la tienda? Estabas enferma y tuve que despertarte.”

Lo recordaba muy bien. Recordaba sus ojos extraños y nerviosos y, la sensación de ansiedad en la boca de mi estómago que no tenía nada que ver con la fiebre.

“Aparentemente todos en Ermelo lo conocían. Trabajó con la

Gestapo desde el primer día de la ocupación. El fue quien informó sobre las actividades de los hermanos de esta mujer en la Resistencia y por último sobre ella y su marido." Cuando Ermelo finalmente supo que era un informante, él se fue a Haarlem y se unió con Willemse y Kapteyn. Su nombre era Jan Vogel."

Llamas de fuego parecían saltar alrededor de ese nombre en mi corazón. Pensé en las horas finales de mi padre, sola y confundida en el corredor de un hospital. Del trabajo subterráneo que se había detenido abruptamente. Pensé en Mary Itallie arrestada mientras caminaba por una calle. Sabía que si Jan Vogel se ponía en frente mío lo podría matar.

Betsie sacó el pequeño bolso de tela que llevaba debajo de su ropa de trabajo y me lo ofreció, pero yo lo rehusé con mi cabeza. Betsie se dejaba la Biblia durante el día, pues tenía más oportunidad de leerla aquí que yo en las barracas Phillips. En las noches teníamos una reunión clandestina de oración para cuantos se podían acercar a nuestro camastro.

"Dirige tú las oraciones esta noche, Betsie. Yo tengo dolor de cabeza."

Más que un dolor de cabeza, me dolía todo con la violencia de mis sentimientos hacia el hombre que nos había hecho tanto daño. Esa noche no dormí y al día siguiente casi no podía oír las conversaciones a mi alrededor. Al final de la semana me sentía tan mal de cuerpo y de espíritu que el Sr. Moorman se detuvo en mi banco y me preguntó si algo andaba mal.

"¿Malo? ¡Sí, algo está mal!" Y comencé a contarle todo lo que había descubierto esa mañana. Estaba demasiado dispuesta a contarle al Sr. Moorman y a toda

UN LLAMADO A LA ORACION

Creemos que la Iglesia del Señor (todos los creyentes en Jesucristo unidos) tiene la solución a los problemas de este mundo. La respuesta no está en la violencia física ni en el intelectualismo humanista. La lucha de la Iglesia está en la dimensión del espíritu. Sólo la Iglesia del Señor posee los elementos necesarios para cambiar el curso de la historia.

Ore por la paz de su país, del continente americano y del mundo entero. Ore por sus gobernantes para que hagan la voluntad de Dios. Ore por las almas que no se han entregado al señorío de Jesús. Ore recordando y aplicando los siguientes tres versículos de la Biblia:

1. "De la misma manera, también el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos orar como debiéramos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros..." Romanos 8:26.

2. "Si pedimos cualquier cosa conforme a su voluntad, El nos oye. Y si sabemos que él nos oye... tenemos las peticiones que le hemos hecho" 1 Juan 5:14-15.

3. "La oración eficaz del justo puede lograr mucho" Santiago 5:16.

Holanda cómo Jan Vogel había traicionado a su país.

Lo que me asombraba todo este tiempo era Betsie. Había sufrido igual que yo y, sin embargo, no parecía llevar una carga de ira. "Betsie," susurré una noche oscura cuando me di cuenta que mis vueltas y mi desvelo tenían que haberla despertado. Tres de nosotras compartíamos ahora el camastro para una persona, pues todos los días entraban nuevos prisioneros al campamento de por sí lleno. "Betsie, ¿no sientes nada por Jan Vogel? ¿No te molesta?"

"¡Oh, sí, Corrie! ¡Terriblemente! He sentido por él desde que supe y ruego por él cada vez que su nombre viene a mi mente. ¡Qué horrendamente debe de estar sufriendo!"

Por un largo tiempo permanecí en silencio en la enorme barraca oscura, inquieta con los suspi-

ros, los ronquidos y la intranquilidad de cientos de mujeres. Una vez más, tuve el sentimiento que esta hermana con quien había pasado toda mi vida, pertenecía, de alguna manera, a un orden diferente de seres. ¿No me estaba diciendo en su forma gentil que yo era tan culpable como Jan Vogel? ¿No estábamos, él y yo, frente a un Dios omnividente, culpables del mismo pecado de asesinato? ¿Puesto que yo lo había asesinado con mi corazón y con mi lengua?

"Señor Jesús," susurré sobre las protuberancias de la cama, "yo perdono a Jan Vogel, así como te ruego que me perdones a mí. Le he hecho mucho daño. Bendícelo ahora y a su familia..." Esa noche, por primera vez desde que nuestro traidor tuvo un nombre, dormí profundamente y sin soñar hasta que el silbato nos llamó para pasar lista.



Un sonido cierto

por Don Basham

En 1 Corintios 14:8 Pablo hace esta interesante observación: "Porque si la trompeta da un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?" Si bien esta declaración es parte de las instrucciones de Pablo en el uso del don de lenguas, como otros innumerables versículos de la Escritura, este tiene un significado mucho más amplio que su contexto original. Pablo está haciendo un llamado para que haya una comunicación clara, en las que las palabras no sólo sean claramente enunciadas, sino también claramente oídas y comprendidas.

¿Cuáles son los factores que hacen la diferencia entre un sonido cierto y otro incierto, una palabra clara y otra confusa? Hay dos cosas que debemos alcanzar para tener éxito en la comunicación: Claridad en lo que se habla y exactitud en lo que se oye. En este ambiente de comunicación masiva, la era de la publicidad, tenemos que soportar un diluvio constante de palabras, un asalto incesante de comunicación irresponsable, que está diseñada para explotarnos de alguna manera engañosa o para tentarnos a tomar alguna mal aconsejada acción.

Hay una estática verbal y una interferencia de mil clases que se baten en la atmósfera, estorban el diálogo redentivo y frustran los esfuerzos serios de los que tienen algo significativo que decir y, de los que desean oír con atención.

La Biblia registra la manera en que la comunicación confusa y engañosa se atravesó en los propósitos de Dios desde el comienzo de su trato con los hombres. Cuando la serpiente engañó a Eva en el huerto, lo hizo tentándola para hacerla dudar de que había oído claramente la Palabra de Dios. "¿Realmente dijo Dios que no comieran...?" La palabra segura y cierta de Dios para Adán y Eva se volvió confusa y su relación firme y segura se trastornó para siempre.

Uno pensaría que cuando Dios habla no habría dificultad para oír y entenderle. Por supuesto que Dios no es el autor de la mala o difusa comunicación. Así que, cuando esperamos oír una palabra clara en medio de la incertidumbre, el problema no está en Dios o en lo que dice, sino en nuestra incapacidad o renuencia para oír y entender. To-

memos por ejemplo el capítulo 12 de Juan donde Jesús comparte el dolor de su corazón por la traición que sufrirá:

Ahora mi alma se ha angustiado; y ¿por qué voy a decir? “¿Padre, sálvame de esta hora?” ¿Pero yo he llegado a esta hora para este propósito!

“Padre, glorifica tu nombre.” Entonces vino una voz del cielo: “Lo he glorificado, y lo volveré a glorificar.”

Entonces la multitud que estaba allí y la oyó, decían que había tronado; otros decían un ánles le ha hablado.

Jesús respondió, y dijo: Esta voz no ha venido por causa mía, sino por causa de vosotros (27:30).

Es importante notar que había tres clases de personas en la multitud; las mismas que encontramos hoy.

Primero, estaban los que oyeron *algo*, pero no reconocieron la voz de Dios (ellos dijeron que había tronado).

Segundo, estaban los que reconocían que había sido una revelación de Dios, pero decidieron que era sólo para Jesús y no para ellos. Jesús les dijo llanamente que las palabras eran para su beneficio y no el suyo.

Tercero, estaban los que aceptaron que Dios había hablado para el beneficio de ellos y fueron fortalecidos por lo que oyeron.

No hay en la actualidad un área en el mundo que no tiemble bajo el peso de alguna gran crisis o que no haga eco de algún juicio inminente. Creemos que en medio y a través de estas crisis, Dios está hablándonos claramente, pero todavía la gente responde de las mismas maneras a su voz.

Muchos dicen: “No es nada. Sólo está tronando.”

Otros dicen: “Dios pudiera estar hablando, pero su mensaje no es para mí.”

Gracias a Dios por los que ro su mensaje no es para mí.”

Gracias a Dios por los que dicen: “Dios está hablándome a mí. Tendré que prestar atención para ajustar mi vida a su verdad y a su gobierno.” Los que oyen claramente saben que cuando Jesús describió los últimos días y las señales de su venida en Mateo; capítulo 24, pudo haber estado citando cualquiera de nuestros diarios. Allí describió que habría guerras y rumores de guerra, nación levantándose contra nación, reino contra reino, hambres, terremotos, persecución, martirios, rebe-

lión, odios, maldad, el engaño de profetas y cristos falsos, todo esto acompañado por un amor frío o moribundo de parte de la mayoría de los creyentes.

Habló de una gran tribulación como nunca antes el mundo había conocido. Pero en medio de todo, y esto es de suma importancia para nosotros, el evangelio del reino de Dios sería proclamado en todo el mundo. La caída de los reinos de los hombres sería acompañada por el surgimiento del reino de Dios. Ese mensaje es más que una palabra segura en tiempos inseguros; será la mejor palabra que jamás se haya vivido. Culminará en el triunfo del reino de Dios bajo el reinado terrenal de Jesucristo.

Mi propósito no es tratar de predecir lo cerca o

La caída de los reinos de los hombres sería acompañada por el surgimiento del reino de Dios.

lejano que estemos de ese día. Sí necesitamos proclamar la verdad certera del evangelio del reino de Dios en medio de las temidas incertidumbres de este día. Necesitamos presentar un mensaje que no sólo interprete los tiempos y sus peligros, sino que también ofrezca inspiración e instrucción para una vida victoriosa: un mensaje de estímulo basado en la inmutable Palabra de Dios. Confrontados por un mundo de problemas que desafían toda solución humana, proclamamos la soberanía de Dios y predicamos un reino incommovible.

Frente a la posibilidad de una guerra nuclear, declaramos que Dios es todavía el soberano y que su reino está sobre todo.

Frente a una conspiración comunista global y una continua declinación de la libertad, declaramos que Dios es todavía soberano y que su reino está sobre todo.

Frente a la posibilidad de un colapso en la economía mundial o la depresión, declaramos que Dios es todavía soberano y que su reino está sobre todo.

Frente al surgimiento de miles de sectas que de-

safían el señorío de Cristo, declaramos que Dios es todavía soberano y que su reino está sobre todo.

Frente a una iglesia semejante a la de Laodicea, coja, aletargada y agobiada por la incredulidad, declaramos que Dios es todavía soberano y que su reino está sobre todo.

La novela de Charles Dickens, *Historia de dos ciudades* comienza con esa frase impactadora: "Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos." Para los rebeldes y los incrédulos que dependen para su seguridad de la sabiduría de los hombres, los descubrimientos de la ciencia o las armas de guerra, estos días bien pudieran ser el peor de los tiempos.

Pero para los que amamos a Jesucristo y conocemos el poder de su Espíritu y compartimos su vida uno con los otros en los lazos de su amor de pacto, y que nos gozamos en extender su gobierno más allá de todo límite humano, estos pudieran ser los mejores tiempos.

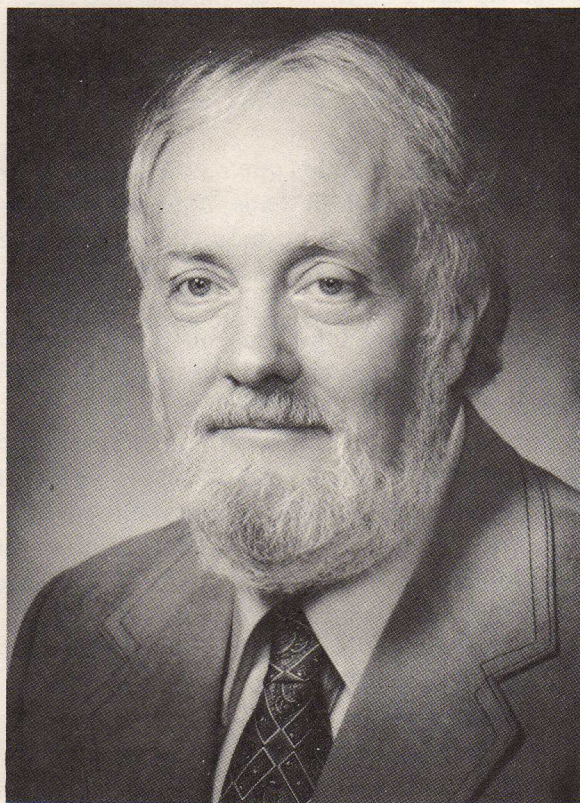
El capítulo 11 de Génesis registra el período después del diluvio cuando los hombres se convencieron que podían gobernar al mundo sin Dios. Para hacerse un nombre y probar su grandeza, comenzaron a edificar una torre que llegara al cielo. Igual que el arcángel Lucifer, alardearon: "Subiremos al cielo; seremos semejantes al Altísimo." Pero en su orgullo subestimaron a Dios. Cuando sus ambiciones egoístas y encumbrada torre colisionaron con el propósito de Dios, la ruina y la confusión se esparcieron por toda la tierra.

En los días de incertidumbre en que vivimos necesitamos más que nunca la palabra certera de Dios. Los gobernantes humanos andan a tientas buscando soluciones inexistentes y los sistemas mundiales que se derrumban prueban que la última torre de Babel de los hombres es tan inútil como la primera.

**Tenemos que presentar
un mensaje que ofrezca
inspiración e instrucción
para una vida victoriosa
en el reino de Dios.**

Con todas nuestras jornadas al espacio, el cielo no está más cerca que antes. El mundo corre tan lejos como nunca, apartándose de los propósitos y planes de Dios. Es porque hace mucho tiempo Dios escogió una manera mejor de acercar el cielo a la tierra, el camino de su Hijo. El hecho de haber puesto a un hombre en la luna es de poco significado, porque el hombre que pusimos en la cruz es el Rey.

El patrón para el reino de Dios no ha cambiado. Los materiales necesarios ya están reunidos y un creciente ejército de trabajadores se ha reportado. En un tiempo incierto, proclamamos una palabra eternamente cierta: *Esta es la hora del reino de Dios.* ¡Levantémonos y edifiquemos!



Don Basham, *Bachiller en Arte y Divinidades, graduado del Seminario de Enid, Oklahoma y ministro ordenado de la Iglesia Discípulos de Cristo. Es el editor de New Wine Magazine y autor de varios libros, entre ellos "Líbranos del Mal" y "Frente a un Milagro". El y su esposa Alice viven en Mobile, Alabama.*

Eres culpable?



Por Bill White

Una vez leí el relato de una broma que Sir Arthur Conan Doyle, el autor de las historias de Sherlock Holmes, jugó a unos respetables amigos suyos. A cada uno envió un mensaje que decía: "Huye inmediatamente; todo se ha descubierto." En cuarenta y ocho horas, cada uno de sus amigos había abandonado el país.

La revista *Sicología Hoy* reporta que Harold Levine, un ejecutivo publicista, dio un mensaje de optimismo en una reciente reunión de representantes de fabricantes de juguetes. Apuntó que la tendencia actual de padres comprando más juguetes para sus hijos, continuaría. La razón que dio es que los padres están trabajando más horas fuera del hogar y pasando menos tiempo con sus hijos. Están comprando más juguetes porque se sienten culpables.

Recientemente, frente a las cámaras de televisión, un hombre era entrevistado en su negocio, una agencia de modelos para jovencitas en la preadolescencia. El entrevistador le hacía preguntas incómodas. Tenía evidencias que el hombre estaba usando su negocio como pantalla para la pornografía y que había violado sexualmente a un número de sus jóvenes clientes. Al principio negó los cargos con frialdad, pero las cosas cambiaron cuando le preguntó: "¿Saben los padres de estas niñas que usted fue convicto una vez por faltarle a una niña y que ahora está bajo libertad condicional por estas ofensas?" En ese momento el empresario se levantó y salió de la sala. Las cámaras lo siguieron por el pasillo hasta que salió por la puerta del frente y echó a correr cuando alcanzó la acera.

Tal vez usted no se pueda identificar con las situaciones de las personas mencionadas, aunque en realidad son sólo ejemplos *particulares* de un problema universal. Ese problema es la culpa. La Biblia nos dice que la mayor de todas las crisis que enfrentan a una nación o a un individuo en cualquier tiempo, es que "todos hemos pecado y no hemos alcanzado la gloria de Dios." Somos "por naturaleza hijos de ira." La terrible crisis que ningún hombre puede resolver es que esta-



mos bajo el juicio justo de Dios por nuestro estado pecaminoso. Las buenas nuevas son que Dios ha provisto una vía de escape.

Escribo sobre un asunto bien conocido porque todavía encuentro a tantos cristianos profesantes que luchan aún con una carga de culpa. Para hacerle justicia al tema tendríamos que examinar el plan completo de la salvación y lo que hay en nosotros que nos impide tener la certeza de que Cristo nos perdonó. Nos limitaremos a revisar cuatro cosas que Dios hace con la culpa de alguien que conoce a Cristo como Salvador y Señor.

Dios perdona

"Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos" (Is. 1:18). "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones" (Sal. 103:12). "Ya no hay condenación para los que es-

an en Cristo Jesús” (Rom. 8:1). ¿Recibimos el mensaje? La obra de Cristo en la cruz, su resurrección, su justicia atribuída a nosotros significa que somos libres. No queda nada por pagar; el perdón de Dios es completo; y no hay nada que podamos agregar que Cristo no haya hecho ya. Francis Schaeffer lo dice en la siguiente manera: “Aceptamos el don gratuito de Cristo con las manos *vacías* de la fe.”

Dios olvida

“Hemos sido santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo una vez para siempre... Porque por una ofrenda El ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados... Y sus pecados e iniquidades no recordará más” (Heb. 10:10, 14, 17). El perdón de Dios es tal que no carga los pecados específicos a nuestra cuenta. Nosotros decimos: “Puedo perdonar, pero no puedo olvidar.” Dios dice que el hombre maduro “no admite reproche alguno contra su vecino” (Sal. 15:3). Sin embargo, ¿cuántas veces le recordamos a un amigo con nuestra mirada o de palabra que la ofensa que estamos recibiendo ya la había cometido por lo menos una vez antes? En contraste, Dios no guarda cuentas de los pecados del pasado para aquel que lo conoce. Aplicando este mismo principio, dejemos de acusarnos o de doblegarnos bajo la acusación de otros.

Dios da la experiencia de ser limpios

Estas son las palabras de Francis Schaeffer, pero el mensaje es de Dios. Veamos a David en el Salmo 32: “Mientras callé mi pecado, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día.” Así se sentía David antes de confesar su pecado de asesinato y adulterio. Pero entonces “mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dice: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.” Aunque todos los verdaderos cristianos han sido perdonados, algunos son más lentos que otros en *experimentar* limpieza. A estos, David dice al final del Salmo: “Muchos dolores habrá para el impío; mas al que espera en Jehová, le rodea la misericordia. Alegraos en Jehová y gozaos, justos.”

Dios remueve las consecuencias del pecado

Jeremías 31:29 cita un proverbio popular de sus días: “Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera.” Considere la respuesta de Dios en este capítulo y lo que dice del mismo proverbio en Ezequiel 18:3: “Vi-

vo, dice Jehová el Señor, que nunca más tendréis que usar este refrán en Israel.” De acuerdo con el contexto de toda la Biblia (la Escritura interpreta a la Escritura) el mensaje es como dicen los comentarios: cada individuo se presenta solo delante del Señor y Dios quitará de nosotros las consecuencias de nuestros propios pecados, los pecados de nuestros padres y los de sus padres. Esto es cierto en lo que respecta a la condenación que una vez pesó sobre nuestras cabezas, pero Dios también se agrada en quitar de nosotros las consecuencias más inmediatas de nuestro pecado de todos los días.

Uno podría argumentar que este no fue el caso con el rey David, quien entre otras cosas perdió a su hijo nacido de Betsabé. Pero dejemos nuevamente que la Escritura se interprete a sí misma. Dios perdonó a David de la pena de muerte. “No morirás; Jehová ha remitido tu pecado.” En cuanto a la muerte de su hijo, Dios da la razón: “Para que los enemigos de Jehová no tengan ocasión de blasfemar.” Cualquier consecuencia de pecado que quedó en la vida de David debe verse como el trato de un Dios amoroso edificando a David y *no* como David pagando por su pecado como si la obra de Cristo no fuese suficiente.

De la misma manera, cualquier consecuencia de nuestro pecado que quede, debe verse como la manera amorosa que Dios usa para sanarnos. Debemos enfatizar, sin embargo, que así como Dios perdonó la vida de David, él se complace en quitar de nosotros las consecuencias de nuestro pecado. Hay una evidencia abundante de esto entre los cristianos de todos los tiempos en la historia. No nos pongamos límites ni a otros diciendo: “Hice esto y aquello, por lo tanto tal cosa será el resultado inevitable.” ¿Cuántos cristianos, perdonados y sanados viven bajo límites que ellos mismos se imponen, creyendo que Dios continuará castigándolos por algún pecado en particular?

El perdón de Dios es total. Si hay consecuencias del pecado que todavía quedan, debemos tener confianza en Dios que él está haciendo que todas las cosas operen para su gloria y en beneficio de aquellos que le aman.

Bill White recibió su doctorado de la Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania, EUA. Como sicólogo consejero, Bill enfoca el discipulado cristiano y el desarrollo de una psicología y antropología basadas en la Biblia. Es casado y tiene cinco hijos.

cartas

Desde Buenos Aires, Argentina

Hermanos de la Revista Vino Nuevo:

Que la gloriosa paz de Dios y de nuestro Señor Jesucristo sea con ustedes.

En la presente me dirijo a vosotros, porque he tenido la satisfacción de tener en mis manos una de sus revistas, y realmente quedé impresionado por la agilidad con que se desarrollan los temas tratados, con una altura espiritual óptima y de un alcance profundo para quien va en busca de una información esencial para el crecimiento cristiano y el perfeccionamiento para el mejor servicio en la obra del Señor. Realmente quedé muy satisfecho. Por favor, suscríbame.

Eduardo Galbarino

Desde La Rioja, Argentina

Apreciados hermanos en Cristo:

He tenido el gusto de leer (de un modo circunstancial) la revista VINO NUEVO, y su enfoque dinámico ha sido de gran bendición para mí. Por esta razón les solicito me hagan saber el modo de obtenerla y el costo de suscripción. Vuestro servidor en Cristo Jesús, José L. Oviedo, Pastor

Desde Bogotá, Colombia

Queridos consiervos:

Gracias a Dios, cada vez nos muestra cuan grande es su mi-

sericordia, en vosotros ha puesto maestros para el crecimiento de su maravillosa obra para esta linda y preciosa América Latina que El creó con tanto cuidado y divino esmero para levantarla y mostrarla al Universo como su excelente labor, hasta que todos lleguemos a la estatura de El, que maravilla!

Hermanos les bendecimos y les amamos en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, les reconocemos como la institución de origen divino en la cual el rector es Cristo y vosotros los profesores que maravilloso seminario, el Cuerpo de Cristo, su Iglesia que se extiende por todo el continente y Vino Nuevo se convierte en el mensajero de las buenas nuevas para crecimiento de todos nosotros, Gloria a Dios y a la maravillosa realización del Espíritu Santo.

Siempre agradecidos al Señor por vosotros,

Luis H. Ballesteros R.

Desde Leticia-Amazonas, Colombia

Amados hermanos en la fe:

Un afectuoso saludo para cada uno de los que laboran en la causa del Señor.

Por la presente, solicito un informe sobre la revista "Vino Nuevo" en forma particular sobre cómo o a cuál Banco hacer los giros.

De mi parte doy testimonio que el contenido de la revista, es muy profundo y provechoso para for-

marnos y hacernos capaces para toda buena obra.

Gracias a Dios por su don inefable. Estaré orando por ustedes y que Dios les bendiga.

Su servidor en Cristo,
Juan C. Morales Rivera

Desde San José, Costa Rica

Amados hermanos:

Muchas gracias por enviarme siempre el número de la revista que tanto edifica a mi familia. Agradezco al Señor la gentileza del hermano que pidió a ustedes me enviaran la revista. Adjunto el pago del año 1984, la diferencia es una ofrenda para su ministerio.

Dios les bendiga,
Andrés Angulo A.

Desde México

Amados hermanos:

Hace poco visité a un hermano que es gerente de una compañía de Seguros de vida y en su oficina tenía entre otras revistas: "Vino Nuevo" empecé a ojearla y me impresionó mucho su contenido por tratar los asuntos cristianos con gran profundidad. La revista ya era muy pasada de fecha, tomé la dirección y le escribo para que me la manden o me manden el costo de suscripción.

Por su amable atención les agradezco y pido a Dios que bendiga su ministerio.

Atentamente,
Pbro. Samuel Brito Martínez



¿Ha cambiado su dirección?

Muchos de nuestros lectores cambian de dirección sin avisarnos y las revistas enviadas se pierden. Ayúdenos a ser buenos administradores de los recursos del Señor. Repórtenos con anticipación su nueva dirección. Gracias.

¿Está usted recibiendo Vino Nuevo sin quererla?

Si usted no desea recibir Vino Nuevo, por favor notifíquenoslo de inmediato para dejar de enviársela. Gracias.

¿Cuándo fue la última vez que nos escribió?

Si tiene más de un año de haberse comunicado con nosotros, le rogamos lo haga tan

pronto como le sea posible para que permanezca en nuestra lista de envíos. Gracias.

¿Cuánto hace que mandó su contribución para Vino Nuevo?

Contribuir no es un requisito indispensable para recibir Vino Nuevo. Si usted no está realmente en condiciones de enviar su aporte, le seguiremos enviando Vino Nuevo si lo desea, hasta que ya no tengamos recursos para hacerlo. Sin embargo, si está dentro de sus posibilidades enviar un donativo, por mínimo que sea, nos ayudará a mantener esta revista en circulación. Si hemos contribuido para su edificación espiritual, contribuya usted con la extensión del mensaje del Reino de Dios a través de Vino Nuevo. ¡Gracias!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica